TEATRO POPULAR

REVISTA TEATRAL

Año III

Nº 92



FRANCA PAGANINI

"LOCUELAS"

Tres actos de ALFRED CAPUS

Traducción de FRANCA PAGANINI

EDITORES: MORO, TELLO Y CÍA., TALCAHUANO 74, BS. AS.

TEATRO POPULAR

REVISTA TEATRAL

APARECE TODOS LOS MARTES

Precio del ejemplar: **Capital 0 20 — Interior 0.25**

OBRAS PUBLICADAS

Número 1, **La cabra tira al monte**, Julio F. Escobar; No 2, **Colorado y negro**, L. Rodríguez Acasuso; Nº 3, **La fea de la casa**, Julio F. Escobar; Número 4, **El hombre que pudo matar**, Folco Testena; Nº 5, **Florencio Sánchez y su obra**, V. Martínez Cuitiño; Nº 6. **Mundial Pantomim**, A. Moock; No 7. **¡Qué pichincha!**, Julio F. Escobar; Nº 8. **La huelga**, Dr. Gonzalo Bosch; Nº 9. **El hombre que sonríe**, Julio F. Escobar; Nº 10. **Muñecas de lujo**, L. Pita Martínez; Nº 11. **El ñato Padilla**, L. Rodríguez Ascauso; Nº 12. **Cuando muere el día**, B. Roldán; No 13. **La Santa Madre**, J. González Castillo y V. Martínez Cuitiño; Nº 14. **La vida es sueño**, D. P. Calderón de la Barca; No 15. **Rayito de sol**, V. Martínez Cuitiño; Nº 16. **Los averiados**, H. Brieux; No 17. **La víbora de la cruz y ¡Amurado!**, Julio F. Escobar; No 18. **Frío**, Eduardo Zamacois; Nº 19. **El Arlequín**, Otto Miguel Cione; Nº 20. **El dolor del bárbaro**, Carlos Schaefer Gallo; No 21. **Bajo el yugo de un tirano**, Julio F. Escobar; Nº 22. **Mi prima está loca**, F. E. Collazo y T. Insausti; Nº 23. **Las hijas del capitán**, L. Rodríguez Acasuso; No 24. **La ganzúa de oro**, Belisario Roldán; Nº 25. **La humilde quimera**, V. Martínez Cuitiño; Nº 26. **El dilema del doctor**, Bernard Shaw; Nº 27. **La propia obra**, César Iglesias Paz; Nº 28. **La canción de la camisa**, Pedro E. Pico; Nº 29. **El alcalde de Zalamea**, D. P. Calderón de la Barca; Nº 30. **Deligatessen Hans**, A. T. Weisbach y S. Linnig; Nº 31. **Isabel Sandoval — Modas y Cuando venga el amor**, Armando Moock; Nº 32. **Teléfono para tumbas**, traducción de Julio F. Escobar; Nº 33. **El derecho de matar, (adap.)**, Julio C. Traversa; Nº 34. **La señora Cabnresa**, Roberto L. Cayol; Nº 35. **Anita Balbi**, Folco Testena; Nº 36. **El pobre hombre**, J. González Castillo; Nº 37. **La Bandera Roja**, Eugenio Troisi y César L. Pelazza; Nº 38. **La Serpiente**, Armando Mook; Nº 39. **Montmartre**, Versión de J. F. Escobar; Nº 40. **Israel**, Versión de Jorge Dowton; Nº 41. **El sobrino de Malbrán**, José León Pagano; Nº 42. **El héroe y el soldado**, G. B. Shaw; Nº 43. **El corazón y el dinero**, Julio F. Escobar; Nº 44, **Así terminó la fiesta...**, J. López Silva y C. M. Pacheco; Nº 45, **La Despedida**, Alejandro Marcó; Nº 46, **La virgen loca**, Henry Bataille; No 47. **Teatro breve**, Pedro E. Pico; Nº 48, **El corazón de la selva**, Otto Miguel cione; Nº 49. **Guerra a la guerra, El tren Expreso**, Ramón de Campoamor; Nº 50. **Nochebnena, El pasado vuelve**, Eduardo Zamacois; Nº 51. **La única verdad**, Alcira Olivé; No 52, **¡Te quiero Te adoro!** , Roberto Gache; Nº 53, **El Animador**, Henry Bataille; No 54. **El Velo Desgarrado**, Pierre Wolff; Nº 55, **Un caso de conciencia**, Paúl Bourget y Serge Basset; No 56, **Las ideas modernas, Entre bueyes no hay cornadas, El retrato del pibe**, José González Castillo; No 57, **El mundo de los Snobs**, Juan Agustín García; No 58. **En u nrincón de la selva**, Ricardo A. Paz; No 59, **La mala reputación**, J. González Castillo y J. Mazzanti; No 60, **Los salvajes**, Alberto Ghiraldo; Nº 61, **Como la espuma** E. L. Tulasne y F. Gentiluomo; Nº 62, **El nido de mis amores**, José J. Berutti; No 63; **¡Ciego de Amor!**, Carlos Cavaco; No 64; **La venganza de Napoleón, La cabra tira al monte**, Julio F. Escobar; No 65, **Mar de Fondo**, D. R. Martínez y R. M. Cabrera; **El ahijado del presidente**, R. M. Cabrera; No 66. **El último Vals**, J. Brammer y A. Grunwald; No 67, **Un marido ideal**, Oscar Wilde; Nº 68, **Los de la maffia, Champagne tangó** Isaac Morales (hijo); No 69. **Frou-Frou del Tabarín...**, Julio F. Escobar; Nº 70, **Casa con dos puertas mala de guardar**, Calderón de la Barca; No 71, **La barca errante**, Otto Miguel Cione; Nº 72, **Veinte años después; La quinta de los Reyes**, Carlos M. Pacheco; No 73, **Sullivan (El Comediante)**, Melesville; No 74. **El león ciego**, Ernesto Herrera. — Nº 75, **Salomé**, Oscar Wilde. N.º 76, **El mejor alcalde, el Rey**, Lope de Vega. N.º 77, **Prèstame tu mujer**, Mauricio Desvalliéres. Nº. 78, **El chico del Far-West**, Vergara y Estevanes. N.º 79, **Kiki** versión de Julio F. Escobar. N.o 80, **La Cuarterona**, Juan Agustín García N º 81 **La Lámpara de Arcilla**, Enrique Larreta. N.º 82, **Zaira**, Voltaire. N.º 83, **María Tudor**, Victor Hugo. N. 84 **Las bodas de Figaro**, Beaumarchais. N.º 85, **El Estanque**, Ernesto Herrera. No. 86, **La muerte de César**, Voltaire. No. 87, **La Casa Cercada**, Pierre Frondaie. N.º 88, **El encanto de Mamá**, adaptación de Francisco José Bolla. N.o 89, **Negro.. y van siete**, Enzo Gemignani. No. 90, **El hombre de confianza**, José López Silva y Nicolás de las Llander N.o 91, **La barba de Carrillo**, Muñoz Seca.

EDITORES: MORO, TELLO & CIA.
Talcahuano 74, Buenos Aires

TEATRO POPULAR

REVISTA TEATRAL

Editores: MORO, TELLO & Cía. *Talcahuano 74, Bs. Aires*

Año III | Martes 16 de Agosto de 1921 | N.º 92

 ALFRED CAPUS,

"LOCUELAS"

TRES ACTOS

Traducción de FRANCA PAGANINI

PERSONAJES:

BRIDEL	35 años	LIVERDON	
DENOIZEAN	30 »	LUCIANA	26 años
LEVERQUIN	36 »	SEÑORA VARINOIS	52 »
EDMOND TOURY	30 »	ESTELA	24 »
DE HUPONT	28 »	SEÑORA LEMOUTIER,	30 »
VARINOIS	60 »	LUISA	20 »
DOCTOR BLUCHE		1.a SEÑORA	
BOIRÉ		2.a »	
CRÉMYER		UNA SIRVIETA	

En París. — Época moderna.

ACTO PRIMERO

En la casa de la Señora Varinois. Boudoir elegante.

ESCENA PRIMERA

BRIDEL, LUCIANA, Sra. VARINOIS

Sra. VARINOIS.—**(A Bridel).** Y eso es todo lo que usted dice cuando se insulta a su suegra y a su mujer?

BRIDEL.—No se las ha insultado.

LUCIANA.—¿Verdaderamente? ¿A usted le parece que ese señor no insulta a mí mamá?

Sra. VARINOIS.—Me llamó "chiflada".

BRIDEL.—Ese no es un insulto!

Sra. VARINOIS.—¿Y qué es... según usted?

BRIDEL.—Un juicio... una apreciación. Además: yo le llamé "grosero", ¡eso es un insulto!

Sra. VARINOIS.—Le arrojó a usted la tarjeta en la cara...

BRIDEL.—¿Y yo no la he recojido y le he contestado: "Señor, yo no necesito su tarjeta"? Entonces, al ver que me precipitaba sobre él, nos separaron. Salimos de la exposición y... no comprendo lo que tienen que reprocharme ustedes!

Sra. VARINOIS.—Hay cosas que usted no comprenderá nunca!

BRIDEL.—¿Y qué hubiera tenido que hacer... según usted?

Sra. VARINOIS.—Desde que ese señor le dió su tarjeta tenía que darle la suya.

BRIDEL.—¿Y después?

Sra. VARINOIS.—Elejir dos padrinos que hubiesen arreglado el asunto: y tendría usted la satisfacción de haberse portado como un caballero.

LUCIANA.—¡Era bien sencillo!

Sra. VARINOIS.—¡A qué nunca se batió usted!

BRIDEL.—Disculpe señora, una vez!

LUCIANA.—¡No!

BRIDEL.—En un café.

Sra. VARINOIS.—Eso no se llama batirse... eso es trompearse. ¿Nunca tuvo usted un duelo?

BRIDEL.—No, señora, o, por lo menos, no me acuerdo.

LUCIANA.—**(Con desprecio)**. ¡Bonita broma!

Sra. BRIDEL.—Sin embargo, me parece usted muy peleador. Cuando pienso que Varinois tuvo un duelo en los primeros tiempos de nuestro matrimonio!

BRIDEL.—**(Incrédulo)**. ¿Mi suegro se batió? ¡Qué raro! ¡Me estraña!

Sra. VARINOIS.—Yo no dije que se batió. Dije que tuvo un duelo.

BRIDEL.—¿Por culpa de usted?

Sra. VARINOIS.—Sí, señor, por mi culpa. Fuimos juntos a comprar el par de espadas que está allí en el vestíbulo... Nunca se usaron porque el asunto se arregló sobre el terreno.

BRIDEL.—El señor Varinois presentó sus excusas!

Sra. VARINOIS.—¿El? ¡Nunca!, fueron sus padrinos!

ESCENA II

LOS MISMOS, VARINOIS, entra con un diario en la mano

VARINOIS.—¿Qué tal el paseo, hijita?

Sra. VARINOIS.—¿No es cierto, Augusto, que tuvistes un duelo?

VARINOIS.—¡Es cierto! Habíamos ido con Eudoxia a ver una Exposición de cuadros...

BRIDEL.—Pero!... igual que nosotros!

VARINOIS.—Estábamos delante de una mujer desnuda. ¡Todavía la veo! Era la primer mujer desnuda entrando a la derecha. Eudoxia se peleó con un señor que le impedía ver! Y el señor ese la llamó chiflada!

BRIDEL.—¿También?

Sra. VARINOIS.—Los hombres hacen 25 años eran tan groseros como hoy, ¡pero también eran menos... **(mirándolo a Bridel)** tímidos!

LUCIANA.—¡Basta! No hablemos más de este asunto!

Sra. VARINOIS.—Que nunca más se repetirá... Tu marido nos acompaña de muy mala gana para que yo le vuelva a pedir...

BRIDEL.—Permítame, señora, yo le dije que mis preocupaciones no me dejan tiempo para pasear por las tiendas e ir recorriendo las exposiciones!

Sra. VARINOIS.—Pero... ¿no es usted tan artista?!

BRIDEL.—Soy fabrcante de productos químcos, señora, yo vendo los colores... y los artistas los emplean.

Sra. VARINOIS.—Vamos, yerno, sin rencor... ¿sabe usted que esta noche tiene que cenar en mi casa?

BRIDEL.—Esas cosas no se olvidan... suegra.

Sra. VARINOIS.—Tiene usted tiempo para ponerse el frac, cenamos a las 8 y media.

VARINOIS.—A las 8 y media.

Sra. VARINOIS.—Ustedes saben muy bien que ahora se cena tardísimo.

VARINOIS.—Muy cómodo para los que van al teatro.

Sra. VARINOIS.—La gente elegante nunca llega al teatro antes de las 10 y media.

BRIDEL.—Dicen que el primer acto no es bonito.

VARINOIS.—¿Quieres absolutamente que me ponga el frac?

Sra. VARINOIS.—¿Y desde cuándo cenas de saco?

VARINOIS.—¿Yo? ¡Desde hace cuarenta años!

Sra. VARINOIS.—Hay que perder esa costumbre... y usted también, yerno.

BRIDEL.—Y... sin indiscreción: ¿cuáles son los invitados?

Sra. VARINOIS.—Algunos íntimos, únicamente... El sobrino de mi marido: Edgardo Denoizeau. **(A Bridel)**. ¿A usted no le agrada nuestro sobrino Edgardo Denoizeau?

BRIDEL.—Al contrario... me parece simpático... un poquito cansado, tal vez. Hace muy mal en quedarse en el club hasta las tres de la mañana.

VARINOIS.—El médico le dijo que el día en que se acueste más temprano, estará perdido!

BRIDEL.—Ah!... ¿y quién es ese médico?

VARINOIS.—Es el médico del club.

Sra. VARINOIS.—El doctor Bluche, que también cena con nosotros.

BRIDEL.—**(A la señora Varinois)**. ¿Y quién más?

Sra. VARINOIS.—Estela y su marido.

BRIDEL.—La familia...

Sra. VARINOIS.—El señor Edmond Toury.

BRIDEL.—**(Haciendo la mueca)**. ¿El bolsista? Hum...

Sra. VARINOIS.—El señor Toury no es un bolsista! Es un caballero que se ocupa de operaciones de Bolsa.

BRIDEL.—¡Y que le hace jugar a usted!

Sra. VARINOIS.—He ganado 30.000 francos el año pasado. No le gusta a usted el señor Toury, ¿verdad?

BRIDEL.—No me gusta nada... pero nada, nada.

Sra. VARINOIS.—¡Qué lástima! ¡Ah! ¿Y el señor de Hupont?

BRIDEL.—¡Ese afeminado!

Sra. VARINOIS.—¡Un joven lo más distinguido! Miembro de tres clubs; y nadie más. Ahora está usted al corriente. Voy a sacarme el sombrero y a arreglarme un poco! **(Toca el timbre. Entra Luisita, triste).**

LUISA.—¿Señora?

Sra. VARINOIS.—¿No vinieron visitas durante mi ausencia?

LUISA.—No, señora.

Sra. VARINOIS.—¿Siempre triste, **hija?**

LUISA.—Siempre, señora!

Sra. VARINOIS.—¿No puede ustde consolarse?

LUISA.—Despacio, muy despacio, señora, y todo gracias a su bondad, señora.

Sra. VARINOIS.—¡Ah! Las penas de amor! No se queje usted! ¡Qué suerte la suya, tener penas amorosas!... Venga, venga ayúdeme a vestir. **(Sale con Luisa).**

ESCENA III

BRIDEL, VARINOIS, LUCIANA. Varinois en una butaca leyendo el diario.

LUCIANA.—¡Yo también me voy a vestir!

BRIDEL.—**(A Luciana que está por irse).** ¿Te vas?

LUCIANA.—Me voy a cambiar de traje.

BRIDEL.—¡Luciana!

LUCIANA.—¿Qué?

BRIDEL.—Luciana... tu no eres la misma conmigo!

LUCIANA.—¿Qué es eso? ¿En qué he cambiado, dime, por favor?

BRIDEL.—No es nada... no sé... unas pequeñeces...

LUCIANA.—¿No puede usted darme un detalle más exacto?

BRIDEL.—Confieso que no tengo nada grave que reprocharte... no tenemos más peleas ahora que antes... para una mente superfical como la de tu mamá, por ejemplo, nuestro matrimonio parece muy unido... y sin embargo no es cierto... no es un buen hogar el nuestro... no es malo... pero tampoco es muy bueno.

LUCIANA.—Estás loco.. pobre! ¿Qué quieres que conteste a esas chiquilinadas?

BRIDEL.—¿Talvez yo te he aburrido?

LUCIANA.—Pero... por nada del mundo!

BRIDEL.—¿Quieres hacer un viaje? Pronto tendré que irme por negocios de la casa. Quiero visitar una... en S. Sebastián. ¿Quieres acompañarme?

LUCIANA.—Te agradezco. ¡La primavera es mucho más agradable en París que en cualquier sitio!

BRIDEL.—Te haré ver una corrida de toros... ¿Quieres ver una corrida?

LUCIANA.—No me gustan, ni las corridas ni los toros!

BRIDEL.—Yo no sé qué placer el tuyo! Ir paseando todo el día con tu mamá.

LUCIANA.—Tu nunca quieres acompañarme. ¿Con quién quieres que vaya de paseo? Buscame alguno... Oh! ya me estás fastidiando, te lo aseguro. No soy yo la que varío... eres tú: te pones nervioso, inquieto... Si seguimos así, tu carácter concluirá por agriarse y la vida será insoportable. Y pensar que me haces estas escenas porque mamá te rogó que te pusieras el frac para la cena!

BRIDEL.—¡Es una ridiculez! Vestirme de frac para cenar en casa de mi suegra! ¡Y si fuera el frac solo, paciencia! ¿Y la gente que se recibe?

LUCIANA.—Es gente muy agradable. Además, mamá recibe a quien le agrada: eso a mi no me importa nada ni a tí tampoco! **(Sale).**

BRIDEL.—**(Aparte, gestos bruscos).** Ya veremos... ya veremos! **(A Varinois que está medio dormido)** ¡Suegro!

VARINOIS.—¿Qué hay amigo?

BRIDEL.—No había Vd. formado el proyecto de retirarse al campo con la Señora Varinois?

VARINOIS.—¡Ese es un ensueño, amigo! una casita a la orilla del río... pasear... Yo he trabajado durante 30 años doce horas diarias! ¡Para poder pescar cuando viejo! ¡Pero mi mujer no quiere!

BRIDEL.—¡Oblíguela! ¡Qué diablos! Vd. es el dueño!

VARINOIS.—¡Yo no tengo carácter! Y además aunque la obligara ella no querrá lo mismo!

BRIDEL.—Pero..

VARINOIS.—Ya le busqué todas las vueltas amigo. Hasta le he rogado al médico que le recomendara el campo para la salud. No quiere saber nada. ¡Escuche... verá usted!

ESCENA IV
BRIDEL, VARINOIS MADME. VARINOIS

Sra. VARINOIS.—¿Qué están diciendo ustedes dos?

BRIDEL.—Hablamos de la primavera... de la primavera que comienza... de las flores! de las primeras hojas... ¡Qué lindo sería estar en una pequeña casita...

VARINOIS.—¡Justamente! En los avisos del diario hay una en venta a cuatro horas de París, a dos kilómetros de la estación... Caza y pesca!... ¿Quieres que vayamos a visitarla?

Sra. VARINOIS.—¡Todavía! Ya te contesté. La campaña me mataría y a tí también!

VARINOIS.—¡Sin embargo el médico!...

Sra. VARINOIS.—Es un ignorante nuestro médico... Consultaré el médico de Edgardo. **(Mirando a Bridel).** Parece que Adolfo no está muy contento.

BRIDEL.—¡Es cierto, señora, no estoy nada contento!

Sra. VARINOIS.—¿Y la causa de su mal humor? ¿Se puede saber?

BRIDEL.—Sí, señora, se la voy a decir. Siento sin embargo decírselo en presencia de su marido! Vea, señora, me parece que desde un tiempo a esta parte, usted recibe a una porción de caballeritos, de jugadores de Bolsa, de mundanos .. Si Vd. prefiere... ¡Que a mí me revientan!

Sra. VARINOIS.—¡Qué lástima!

BRIDEL.—Estos señores hacen, además, la corte a sus dos hijas de Vds., y me extraña que no se haya Vd. apercibido de ello. Por eso vienen aquí... a su casa, los vuelven a ver en el teatro, en las exposiciones y en otros lugares más o menos convenientes!

Sra. VARINOIS.—¡Caballero!

BRIDEL.—Les cuentan a Vd., hstorias escandalosas que les causan la mar de gracia, y dicen delante de Vd., y de mí señora, verdaderas obcenidades!

Sra. VARINOIS.—¡Obsce!... ¡Qué manera de hablar!

BRIDEL.—De Vd. no me importa nada...

VARINOIS.—¡Oh! A mí tampoco!

BRIDEL.—¡Pero Luciana es otra cosa! Si quisiera que ella oyera indecencias, se las diría yo mismo... conozco bastantes... Pero no es para eso que una señora joven va a la casa de la madre... ¡Palabra de honor! Yo no sé lo que le pasa desde hace unos meses!

VARINOIS.—Desde que empezó a leer novelas.

Sra. VARINOIS.—¡Pero yerno! Está usted loco... y más que loco .. imprudente! Si le impide Vd., a Luciana esos pasatiempos tan inocentes!

BRIDEL.—¡Ah!

Sra. VARINOIS.—Distraerse como todas las mujeres de su edad lo hacen hoy!...

BRIDEL.—Viviendo entre gente que le cuenta una cantidad de groserías!...

Sra. VARINOIS.—Cada época tiene sus exigencias... Yo no respondo de lo que va a pasar. Luciana es la mujer más amable de la tierra... Le aconsejo a Vd., que tenga confianza en ella y que no la fastidie. No quireo que sea una desdichada como yo lo he sido.

VARINOIS.—**(Extrañado).** ¿Que has sido desdichada?

Sra. VARINOIS —Naturalmente, tú nunca te has dado cuenta de ello!

VARINOIS.—Es verdad.

Sra. VARINOIS.—He llevado una vida vulgar, llevando los libros y las cuentas de la casa. Que he hecho en toda mi juventud!

VARINOIS.—Has hecho dos hijas.

Sra. VARINOIS.—¿Cuándo me he divertido si quiera una hora?

VARINOIS.—No tienes temperamento para divertirte.

Sra. VARINOIS.—¿Qué sabe Vd.? Tal vez tendrá la pretención de conocer mi temperamento!

VARINOIS.—Permítame...

Sra. VARINOIS.—Usted se divertió... pero yo..

VARINOIS.—¿Qué tienes que reprocharme? ¡Por favor! No tengo yo un buen carácter?

Sra. VARINOIS.—¡Vaya lo entretenido! Un buen carácter! ¡No es Vd. malo! ¡Es lo único que faltaba!

VARINOIS.—¡Soy muy alegre!

Sra. VARINOIS.—¿Usted?

VARINOIS.—Sí, claro que sí.

Sra. VARINOIS.—Con los otros puede ser... lo que es conmigo. .

VARINOIS.—¡Tú te olvidas!

Sra. VARINOIS.—Después de nuestra noche de bodas no me has hechos reir ni una vez más.

LUISA.—**(Entra anunciando).** El señor Denoizeau.

ESCENA V

Los mismos, DENOIZEAU, frac, corbata blanca, un ramo de flores en la mano y un paquete de libros.

DENOIZEAN.—**(Dándole el ramo a la señora Varinois).** Querida tía... tío...

BRIDEL.—Buen día, chico.

Sra. VARINOIS —Muchas gracias, Edgard... Llega usted el primero.

DENOIZEAN.—Usted sabe el placer que es para mí su conversación.

VARINOIS.—Voy a vestirme mientras tú charlas con la tía.

BRIDEL.—Y yo también. **(Sale con Varinois).**

ESCENA VI

DENOIZEAN y Sra. VARINOIS

Sra. VARINOIS.—¿El doctor no vino con usted?

DENOIZEAN.—Lo dejé en el Club. Vendrá enseguida.

Sra. VARINOIS.—Será talvez su hora de consulta.

DENOIZEAN.—No; es la hora de su consulta al Bacará.

Sra. VARINOIS.—Ahora, Edgardo, cuénteme sus aventuras, póngame al corriente de todos los chismes!

DENOIZEAN.—Ah!, las aventuras. Tengo una!... pero una....

Sra. VARINOIS —Me está intrigando... vamos, hable, hable pronto!

DENOIZEAN.—Es que... me parece un poquito... arriesgada...

Sra. VARINOIS.—¡Mejor!

DENOIZEAN.—No... No se la voy a poder contar.

Sra. VARINOIS.—Edgardo .. ¡por favor!...

DENOIZEAN.—¿Le interesa mucho?...

Sra. VARINOIS.—¡Oh, sí, sí! Cuénteme sus calaveradas, Egardo, nosotras las viejas, somos las confidentes de los muchachos.

DENOIZEAN.—**(Sentándose).** Entonces... usted se acuerda de cuanto yo quería a Antonia?!

Sra. VARINOIS.—¿Cómo? ¿Ya no la quiere?

DENOIZEAN.—Sí, la quiero aún... pero tengo que dejarla!

Sra. VARINOIS.—Bah! Vaya una ocurrencia, ¿por qué?

DENOIZEAN.—Antonia me engañaba.

Sra. VARINOIS —Pero... eso no es nada.

DENOIZEAN.—Es cierto... no sería nada si me hubiera engañado por placer o por dinero. Pero me he dado cuenta de que me engañaba por serme desagradable.

Sra. VARINOIS.—¡Qué raro!

DENOIZEAN.—Eiije expresamente mis compañeros de Club, los amigos con quienes me veo a cada rato...

Sra. VARINOIS.—Entonces usted rompió.

DENOIZEAN.—Sí, señora! Imagínese usted que hoy a las 3 de la madrugada tuve la idea de ir a presentarle mis humldes saludos. Estaba yo de bastante malhumor. Abro la puerta, tenía en la mano un candelero: en ese momento una sombra se precipita hacia mí apaga la vela y desaparece por la puerta semi-abierta!

Sra. VARINOIS.—¿No pudo usted distinguir sus facciones?

DENOIZEAN.—No, señora, pero debe ser uno de mis amigos, estoy seguro, porqué yéndose en la obscuridad, me dió un apretón de manos.

Sra. VARINOIS.—¡Ah!

DENOIZEAN.—Pero eso no es nada .. Volví a encender la vela. De pronto, otro caballero más, sale del departamento de Antonia, se desliza entre mi cuerpo y la pared y al pasar me apaga la vela otra vez: Yo pierdo la paciencia. y con un buen puñetazo le hundo el sombrero hasta la nariz...

Sra. VARINOIS.—Valiente medio para reconocerlo!

DENOIZEAN.—Lo empujo por la escalera y por fin entro en casa de Antonia!

Sra. VARINOIS.—¿Y no había nadie más?

DENOIZEAN.—Sí: los restos de una cena! La señora probablemente acababa de cenar con mis compañeros de Club, no quiso nombrármelos... en lo que hizo muy bien... Les hubiera mandado los padrinos.

Sra. VARINOIS.—¡Muy bien!

DENOIZEAN.—¿Y sabe usted lo que me contestó Antonia? Me dijo: "¿Te pondrías celoso, acaso?" ¡Yo estaba furioso!

Sra. VARINOIS —¿No le pegó usted?

DENOIZEAN.—¡No pensé en ello!

Sra. VARINOIS.—¿Y se fué usted?

DENOIZEAN.—No, señora, estaba muy cansado! Me acosté. y esta mañana al levantarme quebré con ella... Quebré definitivamente, quiero consagrarme a la vida de familia, es lo único sincero que queda. (**Besa la mano de la señora**).

Sra. VARINOIS.—Es usted un buen muchacho, Edgardo, me hizo un servicio, que nunca olvidaré. Usted trajo la alegría a mi casa... Mi casa era muy triste. usted le dió un aspecto de fiesta, de animación, nos presentó sus amigos..

DENOIZEAN.—Me he propuesto hacer de su salon, lo más entretenido de París... pero, se necesita tiempo! Mañana a la tarde le voy a traer aquí a la señora de Lemontier: le hablé mucho de usted! No vé la hora de conocerla.

Sra. VARINOIS.—¿La señora Lemontier?

DENOIZEAN.—Es una damita divorciada... tiene un salón literario... Es encantadora!

Sra. VARINOIS.—Gracias, hijo. . gracias!

DENOIZEAN.—Tengo que advertirla a usted que es una señora de conducta irreprochable!

Sra. VARINOIS.—¡Qué importa! Ahora que ya no estoy en edad de llevar una vida activa, mi sueño sería tener a mi lado gente elegante, que no hiciera nada en todo el día... más que hablar de amor y vestirse a la última moda.

DENOIZEAN.—¡Ya encontraremos!

Sra. VARINOIS.—El ser que admiro más en el mundo es el célebre Barón d'Encolure: no lo conozco ni de vista! Una persona tan renombrada por sus conquistas, por sus duelos, sus aventuras! Dicen que ha sido el amante de todas las mujeres del Segundo Imperio!

DENOIZEAN.—Así que le gustaría a usted cenar con el Señor Barón de Encolure?

Sra. VARINOIS.—¡Ah!... sí..

DENOIZEAN.—Muy bien, señora, el señor Barón cenará aquí el sábado!

Sra. VARINOIS.—¡Ahí, por Dios! (**Severamente**). Espero que no me hará usted de esas bromas!

DENOIZEAN.—Pero... ¿por quién me toma usted? El señor Barón es de mis relaciones... de mis amigos, me atrevo a decir. . He sido testigo contra él en un duelo. Quedamos ligados en aquella ocasión. Hace mucho que yo estaba trabajanndo para traerlo aquí... Quería darle a usted esta sorpresa... pero él está tan ocupado... tan pedido... Es una cosa espantosa! Y por fin, esta tarde me prometió formalmente!

Sra. VARINOIS.—(**Cerrándole la mano con efusión**). ¿Entonces acaba usted de verlo?

DENOIZEAN.—En la calle Séze... salía de la Exposición de pintura. El Barón adora las artes... como usted bien sabe... y todos los deportes en general.

Sra. VARINOIS.—¡Salía de la Exposición! Y yo también estuve allí, con mi hija.

DENOIZEAN.—Yo me acerqué. — parecía furioso — hacía molinillos con el bastón... "que le pasa a usted, señor Barón... le dije. mala pintura?" — "Qué me importa a mí de pintura, hombre! Un insolente acaba de insultarme..."

Sra. VARINOIS.—¡¿Eh?!

DENOIZEAN.—"Un no sé quién...—prosiguió él—que me llamó

grosero... a mí... a un D'Encolure!"

Sra. VARINOIS.—**(Aparte)**. ¡Ah, mi Dios!

DENOIZEAN.—¿Qué le pasa, señora?

Sra. VARINOIS.—**(Con fiebre)**. ¡Siga, siga usted!

DENOIZEAN.—"Le tiré mi tarjeta a la cara, — sigue el señor Barón, — pero el caballerito huye. Ah! si lo vuelvo a encontrar!...

Sra. VARINOIS.—Ah!, amigo mío!...

DENOIZEAN.—**(Mirando a la señora que cae sobre una butaca)**. Pero... que tiene usted!

Sra. VARINOIS.—Ay! Amigo!..., qué asunto!...

DENOIZEAN.—¿Qué hay?

Sra. VARINOIS.—El que le dijo "grosero" al señor Barón, es mi yerno!

DENOIZEAN.—¿Quién? ¿Bridel? ¡Eso es imposible!

Sra. VARINOIS.—Es la odiosa verdad! El señor Barón!... — Cómo podría yo imaginarme que fuera el señor Barón. — No me dejaba ver un cuadro. Yo le dí un empujón, sin darme cuenta... El entonces me llamó "chiflada".

DENOIZEAN.—Oh! Usted habrá entendido mal... El señor Barón nunca trató de ese modo a una dama... y más una dama en casa de quien ha de cenar el sábado que viene...

Sr. VARINOIS.—El no lo sabía aún...

DENOIZEAN.—Le aseguro a usted que está en un error... nunca el señor Barón...

Sra. VARINOIS.—Sí, sí, tiene usted razón. He debido equivocarme... sinceramente... vamos, ¿por qué me llamaría a mí "chiflada?" ... Lo que es desgraciadamente cierto, amigo mío, es que mi yerno le llamó a él grosero.

DENOIZEAN.—Eso ya es grave...

Sra. VARINOIS.—Y el Barón le arrojó la tarjeta a la cara...

DENOIZEAN.—¿Bridel no le dió la suya? Es costumbre entre gente del gran mundo...

Sra. VARINOIS.—¿Desde cuándo Bridel es hombre del gran mundo? .

DENOIZEAN.—Antes de todo hay que encontrar un pretexto para dar una contraorden al Barón...

Sra. VARINOIS.—Nunca. ¡Eso nunca!

DENOIZEAN.—Pero... tía, el la vá a conocer a usted... lo conocerá a Bridel! Será un escándalo, un desastre!

Sra. VARINOIS.—Arregle usted el asunto de una manera o de otra...

DENOIZEAN.—¡Ah, no es fácil!... El señor Barón es muy delicado!...

Sra. VARINOIS.—Vaya usted a verlo... confiésele todo...

DENOIZEAN.—El exigirá a lo menos las excusas!

Sra. VARINOIS.—Se las daré.

DENOIZEAN.—¡No las de usted... las de su yerno!

Sra. VARINOIS.—Mi yerno le dará sus excusas... Yo respondo. Todos presentaremos nuestras excusas!

DENOIZEAN.—¿Y si Bridel no quiere?

Sra. VARINOIS.—Yo lo obligaré... Le aseguro que lo obligaré.

DENOIZEAN.—El señor Barón le mandaría inmediatamente los padrinos.

Sra. VARINOIS.—Mi yerno no dudará un minuto, con esa perspectiva. **(Reflexionando)**. Dígame, y si se batiese?

DENOIZEAN.—¡Sería muy "chic"!

Sra. VARINOIS.—Y si el señor Barón hiere a mi yerno... aún ligeramente... en la mano, por ejemplo... a usted le parece que vendría lo mismo a cenar aquí el sábado?

DENOIZEAN.—¡Con más razón!

Sra. VARINOIS.—No tenemos que llegar a ese extremo. No diga usted una palabra de esto a rBidel. Ye lo voy a prevenir despacito... cuando sea necesario. **(Voces)**. Me parece... algunos de los invitados... Hablemos de otra cosa. ¿Me trajo usted las últimas novelas?

DENOIZEAN.—**(Trae el paquete que antes dejó sobre la mesa)**. Aquí las tiene usted. **(Abre el paquete)**. "El fuego en el corazón".

Sra. VARINOIS.—¡Qué lindo! ¿Y el otro?

DENOIZEAN.—"Más que virgen".

Sra. VARINOIS.—¡Delicioso!

DENOIZEAN.—En los salones no se habla de otra cosa.

LUISA.—**(Anunciando)**. El señor Edmond Toury.

ESCENA VII
(Los mismos, EDMOND de frac, LUISA

EDMOND.—A los pies de usted, señora. Buenos noches Denoizean. (Mirando a Luisa) ¿Siempre satisfecha de mi recomendada, señora?
Sra. VARINOIS.—Estoy muy contenta de ella... un poquito distraída... tal vez. (Luisa baja los ojos). Sí, sí, entiendo... el disgusto!
EDMOND.—(A Denoizean). Admite usted, que a esta linda muchacha se le prometa el matrimonio y que un buen día se la deje plantada?
DENOIZEAN.—¡Es una vergüenza!
EDMOND.—Ya te consolarás, Luisita!
LUISA.—(Mirándolo). ¡Casi lo estoy, señor Edmond!
EDMOND.—(Aparte). Esa chica me mira con unos ojos!

ESCENA VIII
Los mismos menos LUISA

EDMOND.—Simpática, ¿no es cierto, Denoizean?
DENOIZEAN.—¡Absolutamente! ¿De dónde la conoce usted?
EDMOND.—Estaba de camarera en casa de una señora que...
DENOIZEAN.—Ah!... muy bien!
Sra. VARINOIS.—¿Y... la Bolsa?
EDMOND.—Hemos subido.
Sra. VARINOIS.—¡Qué le decía yo! ¿Me compró usted los Húngaros?
EDMOND.—A fondo.
Sra. VARINOIS.—¿Y Turcos? (Movimiento de Edmond). Por ejemplo... me va a liquidar usted mis italianos. No le tengo fe al italiano en este momento.
EDMOND.—¡Hen!
Sra. VARINOIS.—Yo les tengo fe... Se arrepintió usted alguna vez, de haber seguido mis consejos?
EDMOND.—El hecho es que tiene usted un olfato para la especulación!...
Sra. VARINOIS.—Tengo el sentido de la Bolsa!, cuando un valor está por subir, siento una especie de escalofrío que me lo advierte.
EDMOND.—Yo no conozco más que un hombre que tenga tanto tino como usted.
Sra. VARINOIS.—¿Y quién es?
EDMOND.—Un poeta.
Sra. VARINOIS.—Le voy a hacer ver lo que tiene que comprar para mí, mañana... He preparado la lista... Voy a buscarla. (Sale).

ESCENA IX
EDMOND Y DENOIZEAN

EDMOND.—Muy buena señora! Casa excelente! Cocina deliciosa! Todo, en fin!
DENOIZEAN.—¿No es cierto? Aquí yo me repongo de mis fatigas, un hombre soltero, a los 37 años de edad, empieza a necesitar, de vez en cuando, la vida de familia.
EDMOND.—Ya lo creo! Desdichadamente todos no poseen una familia como la suya!
DENOIZEAN.—Ya sé.
EDMOND.—La señora Varinois tiene una amplitud de ideas! Es tan indulgente! La burguesía está menos atrasada de lo que se cree. Su papá era notario, ¿no es cierto, Denoizeau?
DENOIZEAN.—No: era droguista, había estudiado para notario, pero cuando iba a comprar una escribanía, reflexionó y se casó con la hija de uno de los más ricos droguistas de París: hermana de Varinois.
EDMOND.—¿Nunca le tentó a usted la droguería?
DENOIZEAN.—No; no hubiera podido ejercer ningún oficio: soy demasiado activo para obligarme a un trabajo cualquiera.
EDMOND.—¿Nunca juega usted a la Bolsa?
DENOIZEAN.—No me entusiasma. Prefiero el Bacarát.
EDMOND.—Se equivoca usted.
DENOIZEAN.—Entonces es cierto que mi buena tía gana mucha plata?
EDMOND.—Palabra! Ganó este año 30 o 40 mil francos.
DENOIZEAN.—Es una señora a quien yo aprecio mucho.
EDMOND.—Yo también... Sin embargo, prefiero las hijas.
DENOIZEAN.—¡Ya lo creo! Bajo su punto de vista las hijas tienen más ventajas! Usted les hace la corte a las dos

EDMOND.—Oh! no... He tenido mucha indecisión; finalmente he elegido a la señora Bridel.

DENOIZEAN.—¿Luciana? ¿Y por qué?

EDMOND.—Es más sentimental, más romántica que la hermana... La hermana es demasiado alegre... Yo se hablar con las mujeres sentimentales... pero no me le animo a una mujer risueña.

DENOIZEAN.—Cada uno tiene su especialdad!

EDMOND.—¿No le parece?

DENOIZEAN.—Yo no le quiero desanimar, amigo... Pero no me estrañaría nada si no cobrara ni los gastos...

EDMOND.—No me dá usted ningún ánimo.

DENOIZEAN.—Es un pálpito que tengo... Nunca he creído en la virtud de las mujeres... A propósito... rompí con Antonia.

EDMOND.—¡Le felicito!

DENOIZEAN.—Pero me parece que a esas mujercitas, a Luciana y a Estela les falta algo... No sé... no tienen ese calor... ese... aquel.... en fin... aquel matiz que lleva las mujeres a engañar al marido!

EDMOND.—Es usted un pesimista, Denoizean!

DENOIZEAN.—Conozco la vida, además le digo esto para acobardarle.

EDMOND.—No lo va a conseguir... pierda cuidado! **(Entra Luciana).**

ESCENA X

Los mismos y LUCIANA

LUCIANA.—Caballeros... Buenas noches! Mamá no está con ustedes?

DENOIZEAN.—Ya va a volver. ¿Y el señor Bridel?

LUCIANA.—Está arriba, vistiéndose. **(Denoizean está cortando y abriendo las páginas de los libros que trajo. Luciana y Edmond van a hablar al otro lado del escenario).**

EDMOND.—Que hermosa está usted esta noche, señora! Deliciosamente hermosa!

LUCIANA.—No me diga usted vulgaridades!

EDMOND.—Tiene usted razón! Hermosa... no es la palabra... está usted inquietante.

LUCIANA.—**(Mirando a Denoizean).** ¡Cuidado!

EDMOND.—Oh, ningún cuidado... Piensa en Antonia... **(Luciana se sienta en un pequeño divan. Edmond detrás de ella, acercándose un poco).** ¡Ah! Luciana, Luciana! Cuándo podré yo hablarle de mi amor en un lugar que no sea una sala de recibo! Dígame usted: ¿cuándo?

LUCIANA.—Yo no lo sé... Tal vez nunca!

EDMOND.—No diga usted esa palabra! Luciana... piense que hacen ya dos meses que la adoro!

LUCIANA.—¿Y qué son dos meses? ¡Unas horas... unos instantes!

EDMOND.—Horas infinitas para quien ama!

LUCIANA.—¿Usted imagina tal vez que yo aceptaría una cita nada más que porque usted me quiere?

EDMOND.—Oh! no, claro que no... yo nunca le pedí una cosa tan vulgar.

LUCIANA.—Yo no soy una de aquellas mujeres para quienes el amor no es más que una distracción ligera...

EDMOND.—Tenemos el mismo modo de pensar!

LUCIANA.—Si yo amara un día, lo haría con una pasión sin límites, y si me decidiera a olvidar mis deberes, todo terminaría...

EDMOND.—¿No se dá cuenta usted, Luciana, que es uno de esos amores el que me ha inspirado?

LUCIANA.—¡Le ruego, sea usted prudente!

EDMOND.—¡Luciana!, no puedo! Cuando pienso que no la he besado más que una vez en la espalda, me torno un salvaje... Usted será mía, Luciana la desafío! **(Aparte).** Si fuese una mujer risueña no le podría decir todo esto! **(Entra Estela riéndose, le sigue Alberto).**

ESCENA XI

Los mismos, ESTELA Y ALBERTO

ESTELA.—**(Un poco fatigada, a Alberto).** He llegado antes que usted. Hemos apostado a cual de los dos subiría más ligero la escalera.

ALBERTO.—He perdido. **(A Luciana).** Señora! **(Da la mano a Denoizean y a Edmond).**

ESTELA.—Buenas noches, ¿qué está usted cortando, Edgardo?
DENOIZEAN.—Unas novelas... las corto, pero no las voy a leer.
LUCIANA.—¿Qué novelas? Vamos a ver. **(Se acerca de la mesa adonde estaba Denoizean. Edmond la sigue. Estela y Alberto quedan juntos a la derecha).**

ALBERTO.—**(A Estela).** La he esperado una hora y media delante la iglesia de S. Germain l'Auxerrois. ¿Por qué no vino?

ESTELA.—¿Piensa usted que yo no tengo otra cosa que hacer?

ALBERTO.—También ayer la esperé una hora y media en la Avenida Castiglione y no vino.

ESTELA.—Ya le dí la razón, y por otra parte no tengo porqué darle tantas explicaciones, hombre, es usted extraordinario. Cree que yo sea una "cocotte?" Tengo un marido!

ALBERTO.—¡Eso no es una excusa!

ESTELA.—¿O es que también el martes falté a nuestra cita?

ALBERTO.—Hemos estado diez minutos juntos en una confitería: hemos comido un babá cada uno, no creo que sea esa una cita de amor!

ESTELA.—Tuvo usted tiempo de más para hacerme proposiciones atrevidas. Tuvo el aplomo de ofrecerme... Ah, no... eso si que no! Es usted muy amable... pero me parece muy temprano, todavía!...

ALBERTO.—Le he rogado que viniera a tomar una copita de Málaga a mi casa, ¿cuándo vendrá usted?

ESTELA.—Mire que aquí no estamos en la confitería.

ALBERTO.—Se está usted riend ode mí... ¿verdad? ¡Ya van tres meses!

ESTELA.—Si es esa su opinión no le queda más que irse.

ALBERTO.—¡Qué tonto he sido al enamorarme de usted!

ESTELA.—**(Riéndose).** Entonces, entendido: ¿se marcha usted?

ALBERTO.—¡Estela!

ESTELA.—¿Qué?

ALBERTO.—¿La veré mañana?

ESTELA.—En el Louvre, por el lado de la calle "St. Honoré".

ALBERTO.—¿A qué hora?

ESTELA.—**(Reflexionando).** Entre las dos y las cuatro y media... yo pasaré.

ALBERTO.—Me gustaría que fuera a las 2 1|4.

ESTELA.—Bueno, entonces eso es... a las 2 1|4.

ALBERTO.—¡La adoro!

LUCIANA.—**(A Denoizean y Edmond).** ¿No le gustan a ustedes las novelas?

ALBERTO.—No tengo tiempo de leerlas.

ESTELA.—**(Acercándose con Alberto).** Entonces no conoce usteđ la última de... Ahí está. Es deliciosa, Luciana, yo la he leído hoy... Hay un pasaje!... **(Hojea. Luciana se acerca a ella. Los jóvenes miran las espaldas y forman grupo con Denoizean alrededor de la mesa, muy cerca los unos de los otros. La puerta de entrada se abre: Entran Bridel y Leverquin de frac, del brazo, sin ser vistos por los otros).**

ESCENA XII

Los mismos, BRIDEL, LEVERQUIN y después la Sra. VARINOIS

BRIDEL.—**(A Leverquin. enseñándole el grupo).** Esa es tu mujer... y aquella es la mía! Ahora: dime que diría un observador superficial viendo ese grupo a un lado y nosotros al otro? Diría: "Ahí están dos matrimonios muy unidos. Es delicioso. ¡Ah, ah! **(Las dos señoras se dan vuelta a mirar).**

EDMOND.—**(A Bridel).** ¿Qué tal, amigo?

ALBERTO.—**(A Leverquin).** ¿Y la salud?

BRIDEL.—Estaban ustedes leyendo... no se molesten. **(Entra la Sra. Varinois con un papel en la mano).**

Sra. VARINOIS.—**(A Edmond, dándole el papel).** Ahí tiene... Compre usted esto mañana.

EDMOND.—¿Doscientos?

Sra. VARINOIS.—A cualquier precio... Estoy segura del aumento. **(A Denoizean).** ¿Edgardo?

DENOIZEAN.—¿Tía?

Sra. VARINOIS.—Va usted a darme su parecer sobre los muebles ingleses que he recibido ayer.

DENOIZEAN.—¿Cambió los muebles del vestíbulo?

Sra. VARINOIS.—¡Todos! Vienen de la primera casa de Londres.

EDMOND.—Permite usted señora, que nosotros también...

Sra. VARINOIS.—Vengan todos! **(A Bridel mientras todos pasan al salón de la derecha).** Yerno, una palabra.

BRIDEL.—La escucho.

Sra. VARINOIS.—Si las circunstancias le obligaran a elegir, preferiría usted recibir un sablazo o presentar unas excusas?

BRIDEL.—**(Asombrado).** ¿Qué preferiría?

Sra. VARINOIS.—Las excusas, ¿no es cierto? ¡Yo ya lo sabía! **(Sale por la misma puerta que los convidados).**

BRIDEL.—Vaya una pregunta!

ESCENA XIII

BRIDEL Y LEVERQUIN

LEVERQUIN.—Me parece que el ánimo de la simpática señora Varinois está sufriendo una crisis violenta.

BRIDEL.—**(Furioso).** Hay que pegarle, sencillamente!

LEVERQUIN.—¿Y para qué aceptastes vivir en la misma casa? Yo te lo dije que hacías una tontería. Un yerno nunca debe vivir en el piso superior de la casa en que vive la suegra... Es un axioma de derecho, bien conocido entre los civilizados!

BRIDEL.—¿Quién se iba a imaginar que la señora Varinois iba a tener recepciones y día de visitas?

LEVERQUIN.—¡Que iba a practicar una escalera interna entre los dos departamentos!

BRIDEL.—¿Que iba a comprar muebles ingleses y a recibir caballeros que harían la corte a mi mujer?

LEVERQUIN.—A tu mujer y a la mía. No tienes que olvidar la mía!

BRIDEL.—¡Por fin! ¿Has empezado a darte cuenta de la situación?

LEVERQUIN.—Yo nunca me había hecho ilusiones!

BRIDEL.—¿Y qué es lo que vas a hacer?

LEVERQUIN.—Nada. ¿Y tú?

BRIDEL.—Vas a permitir que tu mujer se comprometa con aquel imbécil?

LEVERQUIN.—¿Y cómo quieres que yo se lo impida?

BRIDEL.—¿No te descompone la idea que Estela pudiera engañarte?

LEVERQUIN.—No. Me he acostumbrado poco a poco! O mejor dicho, me he entrenado... Desde mi casamiento dedico todos los días unos minutos a este ejercicio tan espiritual! Me reconcentro: me habitúo a la imagen del adulterio... y hoy... te doy mi palabra, hoy, no sé si el flagrante delito alcanzaría a emocionarme!

BRIDEL.—Eres repugnante! Entonces crees que tu mujer tiene un amante!

LEVERQUIN.—Yo no digo eso...

BRIDEL.—¿Estás seguro de que no lo tiene?...

LEVERQUIN.—Yo no estoy seguro de nada. A veces viéndola volver a la hora de cenar me digo: "vendrá de la casa de De Hupond o de la casa de otro..." A veces por lo contrario, pienso: Es muy coqueta, pero no ha sido educada tan mal; De Hupond la divierte, la entretiene, pero no irá más lejos! Estoy en la incertidumbre! Esta es mi condición.

BRIDEL.—¿Nunca la seguiste?

LEVERQUIN.—¡Nunca! Ah... sí. un día... pero creí que era otra mujer!

BRIDEL.—¿Nunca buscaste la verdad?

LEVERQUIN.—¿Y para qué? ¿Quuieres que te lo confiese? Bueno, mira: esta continua incertidumbre, en que yo vivo, no me es desagradable. Yo encuentro en ella mis satisfacciones, un cierto agrado... un poquito amargo... pero no deja de ser un agrado.

BRIDEL.—Pues esa no se llama filosofía: eso se llama **vicio!**

LEVERQUIN.—El vicio es una excelente defensa contra la coquetería de las mujeres!

BRIDEL.—**(En voz baja).** Tú la engañas, ¿no es cierto?

LEVERQUIN. — ¿A Estela? Bien pocas veces... ¡No huyo de las ocasiones, pero tampoco las voy buscando! Todo esto no nos impide ser un matrimonio modelo. Yo la quiero mucho y de parte de ella estoy seguro que tiene una gran simpatía por mí. No estamos separados más que por el matrimonio.

BRIDEL. — Dichoso tú que tienes ese temperamento.

LEVERQUIN.—¿Y tú? ¿Eres celoso?

BRIDEL.—No son celos... es enervamiento... Nunca, durante 5 años he podido pensar ni un segundo en que habían hombres engañados por sus mujeres! ¡Tenía fe! Pero una noche vi a Luciana dirigir una mirada al señor de Toury... una simple mirada... sobre el hombro de mi suegra... la fe me abandonó de golpe!

LEVERQUIN.—¿Y no volvió más?

BRIDEL.—¡No volvió nunca más! Ya no creo en la virtud de mi mujer: ni en la de la tuya, ni en la de la madre de ellas!

LEVERQUIN.—¡Exageras!

BRIDEL.—Esa señora me la va a pagar... Todo lo que pasa es culpa suya.

LEVERQUIN.—¿Y desde entonces?

BRIDEL.—Desde entonces estoy fastidiado... inquieto... No tengo más la tranquilidad de espíritu necesaria para un hombre de comercio. ¡Mira! Hay momentos en que me gustaría que Luciana me engañará una buena vez y ¡que se acabe!

LEVERQUIN.—¡Oh!

BRILLDEL.—¡Oh! Cada uno tiene su carácter. Esa amenaza continua me hará enfermar todos los días un poquito... pedazo por pedazo... al menudeo... ¿Ves? ¡Preferiría serlo al por mayor... en bloque!

LEVERQUIN.—Esa es una manera de pensar.

BRIDEL. — ¡Por lo menos uno sabe adonde va a parar! Será una situación conocida, establecida, normalizada: ya no hay más sorpresas! ¡Se toma una u otra solución! ¡Se divorcia uno o cierra los ojos, pero por lo menos se decide algo! Soy un indviduo que necesita decidirse; antes de dos días tomaré una resolución.

LEVERQUIN.—¿Cuál?

BRIDEL. — Me doy dos días de tiempo para encontrarla... pero te juro que esto no va a seguir así!

ESCENA XIV

Los mismos — El doctor BLUCHE — Señ. VARINOIS — DENOIZEAN VARINOIS — Todos entran hablando y riéndose.

EL DOCTOR.—**(Siguiendo la conversación).** ¡El campo! ¡Retirarse al campo! ¿Pero tendré yo que luchar aún contra esa idea? El campo es matador para la gente como nosotros! abreviar nuestras vidas en la proporción del 1 por ciento! ¡Hay estadísticas que lo demuestran con una claridad asombrosa!

Señ. VARINOIS.—**(ABridel).** ¿Qué le decía yo? **(A Bluche).** Doctor, le voy a presentar a mi yerno, el señor Bridel. y el señor Leverquin, mi otro yerno.

EL DOCTOR.—¡Mucho gusto!... **(Siguiendo).** Y para eso hay mil razones. Por ejemplo: en el campo estarían más obligados a acostarse temprano: y es en la noche cuando mejor se respira... nada es tan peligroso como el acostarse temprano!

BRIDEL.—Sin embargo... las gallinas...

EL DOCTOR.—Las gallinas se acuestan temprano... ¿pero que es lo que viven? Tres o cuatro años apenas. ¡Si es eso lo que usted busca!...

Señ.VARINOIS.—¡Ah! ¡Ah!

LUISA.—**(Entrando).** La señora está servida.

Señ. VARINOIS.—Doctor, su brazo.

(Edmond le ofrece el brazo a Luciana, Alberto a Estela. Las dos parejas entran al comedor riéndose. Denoizean sigue con Varinois. Risas, voces alegres, salida muy animada. Bridel y Leverquin han quedado los últimos).

BRIDEL.—**(A Leverquin).** ¿Te parece esta una familia para un abogado y para un fabricante de productos químicos?

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO II

Un vestíbulo amueblado a la última moda. Muebles ingleses. Laqués blancos, sillas y butacas de varias formas. Una escalera al fondo que da al departamento de arriba. El todo elegante con un poco de mal gusto.

ESCENA I

VARINOIS, DENOIZEAN, SRA. VARINOIS. Dos señoras de visita.

(Al levantarse el telón las dos señoras están levantadas despidiéndose).

Sra. VARINOIS.—¿Ya se van ustedes? ¡Oh! ¡Quédense aún un poquito!

1.ª SEÑORA.—¡Es imposible, señora. Nos espera la señora de Chamberlot! ¡También es su día de recibo!

SRA. VARINOIS.—¡Que molestia! No se puede conseguir un día para sí sola!

VARINOIS.—¡Los días no son suficientes! ¡Apenas son siete!

SRA. VARINOIS.—Si hubieran ustedes esperado un ratito más, hubieran conocido a la señora Lemontier. Porque... va a venir la señora Lemontier! ¿No es cierto, Denoizean?

DENOIZEAN.—Sí, señora, me lo prometió.

SRA. VARINOIS.—¡Qué lástima que se marchen ustedes!

2.ª SEÑORA.—¡Con gran sentimiento! ¡Créalo usted! Adiós, querida amiga, adiós! ¡Y felicitaciones otravez, por los nuevos muebles! ¡Qué elegancia! ¡Qué frescura! ¡Lo que a usted le conviene!

SRA. VARINOIS.—¡Es usted demasiado amable! ¿Vió usted mi cuarto de toilette?

LAS DOS SEÑORAS.—¡No, nunca!

SRA. VARINOIS.—¿No conoce usted mi bañadera?

1.ª SEÑORA.—¡Tampoco!

SRA. VARINOIS.—¡Una bañadera que hice venir de Londres..... con 3 canillas!

1.ª SEÑORA.—¿Y para qué 3 canillas?

SRA. VARINOIS.—¡Una canilla para el agua caliente, una canilla para el agua fría... y una canilla para el agua tibia!

2.ª SEÑORA.—¡Qué maravilla!

SRA. VARINOIS.—¡Vengan a ver! ¡Tendrán ustedes para rato!

1.ª SEÑORA.—¡Con mucho gusto!

SRA. VARINOIS.—**(A Denoszean)**. ¿Y el señor Barón? ¿Le habló usted?

DENOIZEAN.—**(Despacio, aparte)**. Tengo cita con el de aquí a unua hora en el Club, y voy a volver en seguida para ponerla a usted al corriente.

SRA. VARINOIS.—Yo confío en su diplomacia... Ergardo!

DENOIZEAN.—¡No tenga miedo!

SRA. VARINOIS.—**(A las dos señoras, saliendo)**. Les voy a enseñar el camino...

LAS DOS SEÑORAS.—**(A Varinois y a Denoizean)**. Caballero... Caballero... **(Salen. Varinois se sienta en uno de los sillones y cruza las piernas. La señora Varinois vuelve enojada)**.

SRA VARINOIS.—¡Ahí está! Otra vez sentado sobre mis sillones!

VARINOIS.—Sin embargo... hija... las poltronas...

SRA. VARINOIS.—Hay asientos y asientos... esos no están hechos para sentarse encima... y sobre todo... tan bruscamente... Va a romperlos!

VARINOIS.—**(Levantándose)**. Pero...

SRA. VARINOIS.—¡Si quiere sentarse vaya usted al café!

DENOIZEAN.—¡Tiene razón! **(Dándole la mano a Varinois. Sale)**. Le dejo, querido tío! ¡Tengo una cita! **(Sale)**.

ESCENA II

BRIDEL, VARINOIS

BRIDEL.—**(Aparece en lo alto de la escalera)**. ¿Suegro?

VARINOIS.—**(Dándose vuelta)**. ¿Qué?

BRIDEL.—¿Está usted solo?

VARINOIS.—Sí.

BRIDEL.—Necesito conversar algo con usted. **(Bajándose)**.

VARINOIS.—Le escucho. **(Le indica el sillón de recién)**. Siéntese usted allí, sin cuidado, no tenga miedo!

BRIDEL.—**(Un silencio)**. Suegro... yo tengo mucha simpatía por usted!

VARINOIS.—De mi parte... amigo...

BRIDEL.—Su señora me fastidia algo... pero eso no me impide ser justo con usted!

VARINOIS.—¡Muy bien!

BRIDEL.—Entonces no tiene que tomar a mal lo que yo le voy a decir! Mire usted, yo he reflexionado... desde hace unos días... y me he dado cuenta de que he hecho una chiquilinada... viniendo a vivir a esta misma casa en el piso... de arriba!

VARINOIS.—¡Hum!

BRIDEL.—¡He cometido la mayor de las imprudencias! Reconozco las calidades de la señora Varinois... pero... es una suegra!

VARINOIS.—¡En eso hay algo cierto!

BRIDEL.—Me parece que habitar en la casa de la suegra es lo mismo que tentar a Dios!

VARINOIS.—¡Tal vez!

BRIDEL.—Quise hacer la experiencia... Hubiera sido muy lindo si hubiera salido bien... pero, no hay que hacerse ilusiones... no salió! ¡No fué por mi culpa!

VARINOIS.—¡Lo reconozco!

BRIDEL.—Entonces fuí a ver al propietario... y he anulado mi contrato.

VARINOIS.—¿Y él consintió?

BRIDEL.—Fué muy amable conmigo... También tiene suegra... pero está en Bayona. En seguida comprendió mi situación!

VARINOIS.—¿El no le pidió ninguna indemnización?

BRIDEL.—Sí, me pidió una y muy fuerte... y me dijo: "No es por la suma en sí misma... es para que le sirva a usted de lección... No es una indemnización... es una multa!" Suegro, nos mudaremos de esta casa en la semana que viene: se lo comunico a usted y le ruego que se lo anuncie de mi parte a la deliciosa señora Varinois!

VARINOIS.—¡Demonio! ¡Ahí tiene algo escabroso!...

BRIDEL.—Lo sentiría mucho!

VARINOIS.—¿Y qué dice Luciana?

BRIDEL.—Acabo de decírselo... y encogió los hombros! Estoy muy descontento de Luciana... no se lo oculto a usted!

VARINOIS.—**(Cortado).** Claro... que...

BRIDEL.—¡Oh! no me voy a quejar de eso con usted. No es usted el que educó a sus hijas!

VARINOIS.—¡La madre las educó a las dos juntas!

BRIDEL.—Las dos juntas han sido mal educadas. Es una educación fracasada! ¡A qué discutir!

VARINOIS.—No exagere usted, amigo! De acuerdo... a primera vista mi señora parece un poquito... **(Busca la palabra).**

BRIDEL.—Loquilla... Chiflada. Tenía razón aquel señor de ayer. Y siento en el alma haberle llamado grosero! Si estuviera aquí le presentaría mis excusas!

VARINOIS.—¡Vaya por locuela! Pero, a pesar de las apariencias, es una mujer que tiene un gran tino.

BRIDEL.—¡Hum!... Yo no quiero decir...

VARINOIS.—Puede ser que haya inculcado a las hijas unos malos modales, pero los principios son buenos. Por eso no tema usted nada en el otro sentido... Usted me entiende!

BRIDEL.—¡Quisiera yo estar tan convencido como usted! **(Toma el brazo de Varinois).** Vamos, suegro... Se va usted a enojar si le hago una pregunta... algo atrevida...

VARINOIS.—Vaya, hombre... ¡Diga usted!

BRIDEL.—Bueno... Está usted seguro... pero... plenamente seguro, si existe seguridad para esas cosas, que la señora Varinois nunca le...

VARINOIS.—¿Nunca qué?

BRIDEL.—Pero... no se va usted a enfadar... **Nunca le ha sido infiel?**

VARINOIS¡Pero nunca! ¡Amigo! ¡Nunca en la vida!

BRIDEL.—¡Hum!...

VARINOIS.—Ni lo pensó un minuto.

BRIDEL.—Usted me da valor... pero...

VARINOIS.—Aunque ella dijera lo contrario... no hay que creérselo.

BRIDEL.—¡Mejor... suegro... más vale así!

VARINOIS.—¡Ah! Oigo la voz de ella!

BRIDEL.—Me voy arriba otra vez... Pero apúrese usted.

ESCENA III

Señora VARINOIS, VARINOIS

SRA. VARINOIS.—¿Todavía está usted aquí?

VARINOIS.—Sí... Charlaba con Adolfo.

SRA. VARINOIS.—¿Qué clase de tonterías le estaba contando?

VARINOIS.—Tuvo una idea.

SRA. VARINOIS.—Eso me extraña... ¿y qué idea es?

VARINOIS.—El departamento de arriba... el departamento que él ocupa...

SRA. VARINOIS.—¿Y?

VARINOIS.—Le parece demasiado alejado del centro de los negocios... Quisiera mudarse...

SRA. VARINOIS.—**(Sofocada).** ¿Mudarse?...

VARINOIS.—También se lo dijo al propietario... y la semana que viene...

SRA. VARINOIS.—¡Ah... pero... pierde la cabeza!
VOZ DE BRIDEL.—**(De arriba de la escalera).** No, suegra... no pierdo la cabeza!

ESCENA IV
LOS MISMOS, BRIDEL

SRA. VARINOIS.—¿Quiere usted explicarme esta broma?
BRIDEL.—**(Bajando).** No es broma... No hay nada más serio...
SRA. VARINOIS.—¿Pretende usted separarme de mi hija?
BRIDEL.—Yo no pretendo separarlas a ustedes, quiero alejarlas... no es lo mismo! Será usted siempre bienvenida en mi casa... de vez en cuando nosotros vendremos a cenar a casa de usted. Le rogaré únicamente que esos días no invite corredores de Bolsa ni Sportsmen!
SRA. VARINOIS.—¡Invitaré a quen me da la gana!... ¡Está usted jugando fuerte, yerno!
BRIDEL.—Es la mejor manera de ganar.
SRA. VARINOIS.—Sepa que no tiene condiciones para llevar por la nariz a mujeres como Luciana y como yo!
BRIDEL.—**(Siempre con mucha calma).** Se está usted calumniando, suegra! Estoy convencido que usted no da más que buenos consejos a su hija y entre otros, el de obedecer al marido, como siempre hizo usted! **(Indica a Varinois).**
VARINOIS.—**(Aparte).** ¡Yo me voy! **(Sale).**
SRA. VARINOIS.—¡Yo! ¡Obedecer a mi marido! ¡Yo! ¡Ah! ¡Ah!
BRIDEL.—Sí, señora, ya tomé informes al respecto.
SRA. VARINOIS.—¡Ah! ¡Ah!
BRIDEL.—¡En este momento está un poco trastornada!
SRA. VARINOIS.—¿Trastornada?
BRIDEL.—Por el trato con gente grotesca y por la lectura de novelas. Pero ya se le va a pasar! El sentido común volverá a dominar... porque... en el fondo es usted una persona razonable... y muy práctica.
SRA. VARINOIS.—¡Caballero!
BRIDEL.—Es usted hija y nieta de droguistas... muy honrados...
SRA. VARINOIS.—**(Furiosa).** ¡Esto no puede seguir!
BRIDEL.—Buena madre de familia... esposa fiel... En fin, es usted una mujer honesta: y siempre lo ha sido!
SRA. VARINOIS.—**(Con gesto de amenaza).** Usted me está sacando de quicio!
BRIDEL.—**(Poniéndose el sombrero).** Entonces voy a dar una vuelta para esperar que se calme usted. Cuando vuelva habrá usted reflexionado y se arrojará en mis brazos! Adiós, suegra, hasta luego.
SRA. VARINOIS.—Ya veremos. **(Sale a la izquierda).**
BRIDEL.—¡Está sofocada! **(Abre la puerta de la derecha y encuentra a Edmondo. Luisa lo acompaña).** Caballero...
EDMOND.—**(Solo).** Un poco frío... parece...

ESCENA V
EDMONDO, LUISA

EDMOND.—**(A Luisa).** ¿Están las señoras?
LUISA.—Sí, señor Edmondo. **(Un silencio después).** ¡Qué enamorado está usted de la señora Bridel!
EDMONDO.—**(Acariciándola).** ¿Qué nos importa, Luisita?
LUISA.—¡Oh!... no tiene usted la obligación de contestarme.
EDMOND.—Entonces le interesa mucho que yo esté o no enamorado de la señora Bridel?
LUISA.—¡Me da mucha pena. Es una lástima!
EDMOND.—¿Eh?
LUISA.—Sí, me da tristeza el ver un joven como usted, un lindo muchacho como usted, perder el tiempo tras de una señora que no lo quiere ni lo querrá nunca!
EDMOND.—¡Vaya una idea!
LUISA.—¡Nosotras, las mujeres, sentimos esas cosas!
EDMOND.—Pero... tu no sabes nada... pobre chica... Tu no sabes lo que pasó ayer entre la señora Bridel y yo!
LUISA.—**(Por llorar).** ¿La señora le dijo que sí?
EDMOND.—No, no, no me dijo que sí... ¡Desgraciadamente!
LUISA.—**(Llorando mientras se va).** Que le vaya bien, señor Edmond.
EDMOND.—¡Esa chica está enamorada de mí!... ¡Qué fastidio! **(Vuelve la señora Varinois).**

ESCENA VI

EDMOND, SEÑORA VARINOIS, después LUCIANA

SRA. VARINOIS.—Buen día, señor de Toury.
LUCIANA.—**(Bajand ola escalera).** Buen día, mamá.
SRA. VARINOIS.—¡Buen día, hija! Iba a subir a verte.
LUCIANA.—A propósito... ¿Viste a mi marido?
SRA. VARINOIS.—Sí, lo sé todo.
LUCIANA.—¡Buen día, señor de Toury!
SRA. VARINOIS.—Aquí tienes la carta que le escribo al propietario. Le digo que el señor Bridel ha cambiado de idea y que considere como un hecho la ruptura del contrato.
LUCIANA.—Muy bien. Además estoy decidida a no dejar este departamento, bajo ningún pretexto.
SRA. VARINOIS.—¿Te das cuenta que la lucha está declarada contra tu marido?
LUCIANA.—No tengo miedo ninguno. El señor Bridel desde hace tiempo tiene unos modales insoportables!
SRA. VARINOIS.—¡Ah! ¡La lucha! La existencia de las mujeres es una continua lucha! **(A Toury).** ¿Tiene usted el cambio de la Bolsa?
EDMOND.—Ahí tiene, señora.
SRA. VARINOIS.—¡Satisfactorio! **(A Luciana).** Voy a mandar la carta. **(Sale).**

ESCENA VII
EDMONDO, LUCIANA.

EDMONDO.—**(Accreándose a ella).** ¡Ah, Luciana! **(Le toma la mano).**
LUCIANA.—¡Cuidado!
EDMOND.—¡Qué momento inolvidable pasé ayer! Todo el tiempo de la cena dejó usted su piececito entre los míos!
LUCIANA.—Abusó usted de su fuerza.
EDMOND.—¡No disminuya usted ese favor, Luciana!... ¡Ni lo intente!... Es un favor muy grande y me prepara para recibir otros mucho más grandes! ¡Oh! Si yo hubiese llegado a hacerme querer por usted!
LUCIANA.—**(Melancólica).** ¡Quién sabe!
EDMOND.—¡Estoy convencido! ¡Usted me quiere!
LUCIANA.—¡Oh!
EDMOND.—¡Usted me quiere!... Tu me quieres... Luciana! no tanto como yo, pero qué importa! **(Movimiento de Luciana).** ¡Oh! perdóneme! ¡La he tuteado! Hay momentos que uno no es dueño de sus palabras... ¿Le ofendí? Luciana... Luciana, querida!
LUCIANA.—**(Después de un silencio).** No.
EDMOND.—**(Le besa la mano).** ¡Ah!
LUCIANA.—Y no solamente no me ofendió usted, como yo lo hubiera creído... sino que experimenté una delicada sensación!
EDMOND.—¡Luciana!
LUCIANA.—Sí, delicadísima...
EDMOND.—Entonces usted me permite...
LUCIANA.—¿Tutearme? Sí, amigo mío!
EDMOND.—**(Medio cortado).** ¡Ah! qué buena es usted!
LUCIANA.—¿Y?
EDMOND.—¡Perdone! Qué buena eres... Qué bonita... tu me... **(A solo).** ¡Me incomoda el tu!
LUCIANA.—Será delicioso el decirse tu a escondidas... cuando la casualidad nos permita encontrarnos a solas aquí... o en el teatro, o en la calle! Nos parecerá una cita de amor que dure un segundo.
EDMOND.—¡Qué poco!... para una cita de amor!
LUCIANA.—¡Sí, pero qué voluptuosidad nos dejará!
EDMOND.—¡Demasiado dulce... tal vez!
LUCIANA.—¡No! ¡No!
EDMOND.—¡Son placeres violentos los que yo había soñado a su lado, Luciana!
LUCIANA.—¡Todavía!
EDMOND.—¡Cerca de tí... quiere decir! Y este tu que me concedes, había soñado conquistarlo.
LUCIANA.—¡Lo mismo da!
EDMOND.—Estás en un error, querida.
LUCIANA.—¿Cuál es la más grande prueba de confianza, de sin-

ceridad, de amor, que pueda dar una mujer Para mi modo de pensar, no hay otra!

EDMOND.—¡Hum, hum!

LUCIANA.—Sí, sí, entiendo lo que usted quiere decir... pero ese, amigo, es un sacrificio tan completo...

EDMOND.—¡Seguramente!

LUCIANA.—Tan raro, tan definitivo, que me parece que ninguna mujer ha de haber hecho a la ligera!

EDMOND.—Sin embargo, hay excepciones.

LUCIANA.—Yo no me siento capaz de esas excepciones. Para mí, amigo... le voy a decir sinceramente antes de rendirme a la manera que usted parece desear... necesitaré un acontecimiento brusco, repentino, imprevisto... De esos que hacen cambiar de un día para el otro nuestras ideas... nuestros hábitos.

EDMOND.—Todo eso es muy complicado...

LUCIANA.—Si usted no tiene la paciencia de esperar... márchese usted y no volveremos a vernos más.

EDMOND.—¿Qué dices? ¡No volverte a ver! Sí... esperaré... porque tengo la convicción de que no esperaré mucho!

LUCIANA.—Puede ser.

EDMOND.Te quiero demasiado para que no concluyas cediendo a mi amor!

LUCIANA.—¡Así! ¡Hábleme usted así, con esa voz!

EDMOND.—¡Te quiero!

LUCIANA.—Repítalo.

EDMOND.—¡Te quiero!

LCUIANA.—¡Como un simple tu basta para acercar las almas!

EDMOND.—Sí, ¿pero cuándo tendré yo el derecho de hablarte de usted? **(Entra la señora Varinois).**

ESCENA VIII
LOS MISMOS, SEÑORA VARINOIS.

SRA. VARINOIS.—Ya está. Mandé la carta y espero que tu marido será tolerante.

LUCIANA.—Haría muy mal en no serlo... te garantizo yo que haría muy mal...

SRA. VARINOIS.—El matrimonio está pasando por una crisis, señor Toury!

EDMOND.—Una crisis bien peligrosa... No le queda más que portarse mejor.

SRA. VARINOIS.—A propósito: ¿conoce usted a la hermosa señora Lemontier?

EDMOND.—He ido alguna vez a sus recepciones del domingo.

SRA.—VARINOIS.—La espero esta tarde. **(A Luciana).** ¿Pero cómo es que tu hermana no ha llegado aún? Le rogué que no faltara hoy!

(Entra Estela, corriendo, nerviosísima).

ESCENA IX
LOS MISMOS, ESTELA

ESTELA.—¡Ay mamita! ¡Mi pobre hermanita! **(Viéndolo a Edmondo).** ¡Oh!

SRA. VARINOIS.—¿Pero qué tienes?

ESTELA.—Hay... que!... **(No sigue).**

EDMOND.—Señora... tengo el desagrado...

ESTELA.—Perdone usted, caballero...

LUCIANA.—**(Después a Edmond).** Vuelva usted más tarde.

EDMOND.—¡Bueno! **(A la señora Varinois).** Señora... Señoras... **(Se va).**

ESCENA X
SEÑORA VARINOIS, LUCIANA, ESTELA

SRA. VARINOIS.—**(A Estela).** ¡Habla, ahora!

ESTELA.—¡Ah! Sí... no sé por dónde empezar... ¡Dios mío, qué aventura!

SRA. VARINOIS.—Pero hijita, estás sobre ascuas?

ESTELA.—¿Quién va a venir?

LUCIANA.—Apúrate, por favor, Estela, vamos!

ESTELA.—¡Mamita, ante todo júrame que me perdonarás!

SRA. VARINOIS.—¡Desde luego estás perdonada!

ESTELA.—¿Todo?

SRA. VARINOIS.—¡Todo... Soy tu madre... no es para condenarte!

ESTELA.—¿Y tu, Luciana... no vas a juzgarme mal?

LUCIANA.—¡Nunca!

ESTELA.—Entonces... Imagínense ustedes... que hace poco iba yo paseando cerca del Louvre... Cuando encontré, por casualidad, al señor Alberto...

LUCIANA.—¿Alberto de Hupont?

ESTELA.—Sí.

SRA. VARINOIS.—**(Grave).** ¡Sigue!

ESTELA.—Hablamos un momento, y después tuve la imprudencia de dejarme llevar a...

SRA. VARINOIS.—¡Oh!...

ESTELA.—A una confitería de la calle S. Honoré. **(Ademanes de las dos señoras).** Estábamos comiendo no sé qué cosa... No vale la pena de preguntarme qué era lo que comíamos... Ya lo olvidé. De pronto... delante de la vidriera del confitero... veo... en la vereda...

SRA. VARINOIS.—¿A quién?

ESTELA.—A mi marido que pasa... con otro señor.

SRA. VARINOIS.—¡Qué diablo!

ESTELA.—Estoy segura que nos vió y guiñó el ojo del lado nuestro. Es imposible que no nos haya conocido. Y en aquel momento... desdichadamente el señor Hupont... estaba cerca, muy cerca de mí: me miraba y sostenía el platillo en el cual estaba yo comiendo un baba... ¡Ah!, ahora me acuerdo... era un baba...

LUCIANA.—¡Oh ! ¡Oh!

ESTELA.—Yo comía y él se reía... y yo también.

SRA. VARINOIS.—¿Y qué hizo tu marido?

LUCIANA.—Sí...

ESTELA.—Siguió su camino... frío... como quien tiene una resolución ya tomada, firme. ¡Oh! no demoré mucho para dejar la Confitería; tomé un coche y me vine aquí. Miren ustedes: para ciertas ocasiones no hay más que la familia!

LUCIANA.—¡Mi pobre Estelita!

ESTELA.—¿Qué sucederá?

LUCIANA.—Es cierto... ¿qué hay que hacer?

SRA. VARINOIS.—**(Toma a cada una de sus hijas y las hace sentar en el diván, ella en cambio).** Mis hijitas, hijitas queridas, no hay que hacerse ilusiones. En vuestros hogares hay algo turbio: sí, Estela, en el tuyo y en el de tu hermana.

ESTELA.—¿Tu también... Luciana?...

SRA. VARINOIS.—Ella también. Las dos estaban hechas para casarse con mozos elegantes, ociosos, fantásticos... hombres que comprendiesen las necesidades de la vida moderna, cayeron ustedes sobre hombres honrados, pero vulgares... ¡Dios mío! ¡Irremisiblemente vulgares. Allí está la situación... ¿no es cierto?

ESTELA y LUCIANA.—Sí, mamá.

SRA. VARINOIS.—Situación que con el tiempo se pondrá aguda e irá de mal en peor. ¿La culpa es de ustedes? ¿Es de ellos? Es mía, que las casé con ellos? No lo sé: Limitémonos a constatar el hecho. Sufren ustedes la fatalidad que arrastra a todas las mujeres de hoy en día. Están ustedes, buscando algo... que ¿no saben? Y todo puede durar indefinidamente.

LUCIANA.—¿Y entonces?

SRA. VERIÑOIS.—Por suerte, chicas, ustedes son jóvenes... y a esa edad todas estas pamplinas no tienen importancia. Si los acontecimientos las llevaran al divorcio... y bien. ¡Se divorciarán! el divorcio es la única cosa un poquito poética que puede hacer una mujer honesta en el día de hoy! Si es preciso, más tarde que se divorcien por segunda vez, se divorciarán por segunda vez y así nos resignaremos y seguiremos hasta llegar ustedes a la edad en que la naturaleza prohibe el divorcio a la mujer. Esto es todo lo que yo puedo decirles! **(Todas se levantan, Luisa abre la puerta y dice):**

LUISA.—Sí, señor Leverquín: la señora está aquí.

ESTELA.—¡Mi marido!

SRA. VARINOIS.—¡Cállate! ¡Deja que tu marido reciba el primer choque! **(Va adelante orgullosa hacia la puerta).**

ESTELA.—¿Qué es lo quepasará?

ESCENA XI

LOS MISMOS, LEVERQUIN

LEVERQUIN.—**(Sonriente).** ¡Buen día, suegra, buen día! ¿Y la salud? ¿Buena?

SRA.—VARINOIS.—**(Asombrada).** ¿Hein?
LEVERQUIN.—¡Buen día, Luciana! **(Besa a Estela la frente).** Buen día.
ESTELA.—**(A Luciana en voz baja).** ¡No vió nada!
LUCIANA.—¡Qué suerte, Estela mía!
LEVERQUIN.—¿El pequeño Hupont te ofreció el té esta tarde?
ESTELA.—(Aparte). ¡Ah! ¡Dios mío! **(Se sienta en el sofá).**
LEVERQUIN.—¿No?
SRA. VARINOIS.—¡Escúcheme usted, yerno!
LEVERQUIN.—Los ví a los dos... ¿No me conociste?
ESTELA.—Sí... no... pareció...
LEVERQUIN.—Tuve el antojo de tomar el té con ustedes... pero justamente estaba yo con un compañero... Hablábamos de un asunto importante... de mucho apuro... y dije: "comerán lo mismo sin mí!...
LUCIANA.—**(A Estela bajo).** ¡Oh! ¡No es celoso!
ESTELA.—¡Pero... se está riendo de mí! **(Ofendida). Mirándolo bien al marido).** ¿Y cómo se encntraba usted por esos barrios?
LEVERQUIN.—Había dado una vuelta, volviendo del Palacio.
ESTELA.—No me parece muy claro. ¿Y para qué esa vuelta?
LEVERQUIN.—Para acompañarlo a Repattier... tiene el escritorio por ahí.
ESTELA.—¡Hum!...
LEVERQUIN.—¡Te garantizo que no iba a ver ninguna mujer! (Aparte). No iba a ver... acababa de ver.
SRA. VARINOIS.—¡Ay! me he librado de un peso! Dígame, yerno... tengo que hablarle algo de su cuñado!
LEVERQUIN.—¿De Bridel? ¡A sus órdenes, suegra!
SRA. VARINOIS.—**(Se va con él a la pieza de al lado).** Imagínese usted que el señor Bridel... **(Sale con Leverquín).**

ESCENA XII

LUCIANA, ESTELA y después ALBERTO.

ESTELA.—**(Nerviosa).** ¡Ya me la pagará!
LUCIANA.—¿Con quién estás enojada?... ¿Con tu marido?
ESTELA.—¡No, con aquel caballero!
LUCIANA.—¿Cuál caballero!
ESTELA.—Alberto. **(Se abre la puerta, aparece Alberto).**
ALBERTO.—¡Soy yo!
ESTELA.—¡Ah! ¡Aquí está usted!
ALBERTOI.—Estuve en una mortal inquietud.
ESTELA.—¿A propósito?
ALBERTO.—Del señor Leverquin?...
ESTELA.—¿Yqué?.. El señor Leverquín.
ALBERTO.—¿Nos conoció o no nos conoció?
ESTELA.—Nos conoció perfectamente, a usted y a mí.
ALBERTO.—¿Y?
ESTELA.—Le parece natural. Casi, casi, entra a la confitería a tomar masas con nosotros. **(Con desprecio).** Usted no supo siquiera hacerlo celar a mi marido!
ALBERTO.—¿Entonces me perdona usted?
ESTELA.—¡No tengo nada que perdonarle!
ALBERTO.—**(Bajo).** ¿Cuándo la volveré a ver?
ESTELA.—¡Nunca!
ALBERTO.—¡Estela!
ESTELA.—¿Qué quiere usted?
ALBERTO.—¡Dígame quue mañana vendrá usted a la misma hora!...
ESTELA.—¡No!... Cien veces no... no iré.
ALBERTO.—¿Todo ha concluído?
ESTELA.—**(Con orgullo).** Le parece que algo haya empezado?
ALBERTO.—**(Haciendo dos o tres pasos).** Me estoy dando cuenta, señora, de que se ha burlado usted de mí!
LUCIANA.—**(Interviene).** ¡Señor de Hupont!
ALBERTO.—¡Discúlpeme usted, seoñra! No hay más que una palabra para su señora hermana: **burlado de mí!** ¡Se la repito!
ESTELA.—¿Y después?
ALBERTO.—Y con una coqueteria... Con una perfidia...
ESTELA.—¡Caballero!
ALBERTO.—¡Qué bien me ha engañado!
ESTELA.—Salga usted de aquí.
ALBERTO.—¡Muy bien! ¡Estela, vamos! ¡Hagamos las paces!

ESTELA.—¡Salga usted, le digo!
ALBERTO.—¿Hasta mañana, no es cierto?
ESTELA.—¡No, no, y no!
ALBERTO.—**(Toma el sombrero. A Estela en el momento de salir).** ¡Mire! ¡No es usted una mujer!
ESTELA.—¡Caballero!
ALBERTO.—¡Es usted una derrochadora!
ESTELA.—¡Señor!
ALBERTO.—¡Una ensayadora!
ESTELA.—¿Qué palabras son esas?
ALBERTO.—Palabras que estoy obligado a inventar porque no encuentro otras. ¡Adiós, señora! **(Volviendo).** ¡Será tan sencillo olvidarlo todo!
ESTELA.—¡Váyase usted! **(Alberto sale).**

ESCENA XIII

LA MISMAS, menos ALBERTO, después Señora VARINOIS, Señora LEMOUTIER y después BRIDEL

SRA. VARINOIS.—**(A Luciana).** Tu marido está de vuelta.
LUCIANA.—¡Vamos a tener una explicación con él!
LUISA.—**(Entra y anuncia).** Una señora pregunta por la señora Varinois.
Sra. VARINOIS.—¿Su nombre?
LUISA.—Señora Lemoutier.
Sra. VARINOIS.—¡La señora Lemoutier! Haga pasar enseguida. **(Se precipita a la puerta, mientras mientras Luisa hace pasar a la señora Lemoutier).** Ah! Señora, Señora!
Sra. LEMOUTIER.—Señora, querida señora!
Sra. VARINOIS.—¿Quiere usted molestarse?
Sra. LEMOUTIER.—**(Interrumpe y habla con volubilidad).** Hace tiempo que quería conocerla. Denoizeau me habló mucho de usted. Puedo decir que no me habla de otra cosa: La señora Varinois! Siempre la señora Varinois! Estoy encantada de... **(Mirando a Luciana y a Estela).** Sus dos hijas, encantadoras! Las conozco muy bien también por Denoizeau... **(A Luciana).** La señora Leverquin, ¿no es cierto? **(A Estela).** Y la señora Bridel?
Sra. VARINOIS.—No, al contrario!
Sra. LEMOUTIER.—¡Qué raro! Hubiera creido... Deliciosas las dos! No hay otra expresión! Permita usted que las abrace! **(Las abraza una después de otra. Bridel entra mientra está besando a Luciana).**
BRIDEL.—**(Aparte).** ¡Qué es eso ahora!
Sra. VARINOIS.—Señora, le voy a presentar a mi yerno; el señr Bridel. **(A Bridel).** La señora Lemoutier... **(Buscando que decir).** Su nombre quiere decir elegancia, literatura y bellas artes!... y que...
Sra. LEMOUTIER.—**(Interrumpe).** Oh! señor Bridel, me parece estrechar la mano de un amigo! **(Gesto de Bridel).** Tiene usted una esposa deliciosa! Estaba diciéndoselo. Y que casa moderna, chic, de un gusto!... **(Mirando alrededor).** Oh!, una escalera! ¡Qué linda queda una escalera en el vestíbulo! Es muy inglés. ¿Y adónde lleva?
Sra. VARINOIS.—A la casa de mi...
Sra. LEMOUTIER.—**(Interrumpiendo y hablando siempre muy ligero).** A la casa del señor Bridel. ¡Qué original! ¡Cómo me gustaría tener una escalera en mi sala! Desgraciadamente el departamento de arriba no es mío.
BRIDEL.—Es una lástima.
Sra. LEMOUTIER.—Oh!, no es tan luujoso, como este... pero está bastante bien arreglado... verán ustedes... Porquue desde luego nos veremos muy a menudo... ¿no es cierto? **(Nuevo movimiento de Bridel: hace muecas durante todo el tiempo en que hablará la señora Lemoutier).** Y para empezar vendrán ustedes el domingo que viene... No me digan que nó. ¡No admito excusas!
BRIDEL.—**(Moffándose).** Ah! Ah!
Sra. LEMOUTIER.—Y también el señor Bridel. Espero que tendrá la amabilidad...
BRIDEL.—**(Sigue barlándose).** Oh! un marido que va a cenar fuera de casa con su esposa... ¡Qué cursi es eso!
Sra. LEMOUTIER.—**(Riendo ruidosamente).** ¡Pero!... ¡Es cierto! Tiene razón el señor Bridel!... Le voy a invitar a usted otro día, sin su señora! **(A Luciana).** Querida, puede usted alabarse de poseer un marido modelo... mi marido... no quería entender nada...

¡También no fué muy larga la cosa... no! ¡Me divorcié y ya está! ¿Y cuál es su nombre, señora?

Sra. VARINOIS.—**(Contestando en lugar de Luciana)**. ¡Luciana!

Sra. LEMOUTIER.—**(Indicando a Estela)**. ¿Y...?

Sra. VARINOIS.—Estela.

Sra. LEMOUTIER.—**(No se sentó todavía; y habla, siempre parada)**. Hasta los nombres son bonitos! Yo me llamo Emilia. Que cosa más vulgar! Unicamente es pasable pronunciándolo a la inglesa: "Emily". ¿Entonces... entendido? ¡Hasta el domingo que viene!... Vengan temprano... charlaremos un rato! **(A la señora Varinois)**. Y cuento con usted para todos los domingos... preciso tener en mis recepciones mujeres bonitas: sin ellas los hombres se aburren! A usted señor Bridel, le voy a escribir... vendrá usted solito. **(a Luciana)**. No sea usted celosa, ricura. ¡Es una chica deliciosa! Hasta el domingo, pequeña Luciana, hasta el domingo, Estelita! **(Las besa)**. Me marcho! Tengo un montón de visitas. No se molesten, ¡por favor! Adiós, adiós, adiós, adiós... usted!... **(Aprieta con fuerza la mano de Bridel y desaparece con gran estrépito)**.

ESCENA XIV

Los mismos, menos la Sra. LEMOUTIER

Sra. VARINOIS.—**(Un segundo de silencio)**. ¡Qué mujer inteligente! ¡Notable! ¿No es cierto?

BRIDEL.—¡Absolutamente! Soy de su parecer. **(Con ironía)**.

Sra. VARINOIS.—¡Qué espíritu, qué encanto!

BRIDEL.—**(Siempre con ironía)**. Muchas mujeres me han llamado la atención... pero esta... ¡Hay que confesarlo!

Sra. VARINOIS.—Será una compañera agradable para Estela y Luciana.

BRIDEL.—Lo único que les faltaba!

Sra. VARINOIS.—Veo con todo placer, yerno, que se vuelve usted razonable!

LUCIANA.—**(A Bridel)**. Cuando termine usted de burlarse de mi mamá... me avisa... **(A la Sra. Varinois)**. ¿No ves que el señor se ríe de tí? **(A su marido)**. Maneja usted la ironía, de la manera más espiritual, ¡hay que hacerle justicia!

BRIDEL.—**(Con los brazos cruzados, a la Sra. Varinois, enfadándose poco a poco)**. Entonces, seriamente señora, supuso usted por un minuto que yo permitiría a mi mujer que visitara a esa... mariposa?

Sra. VARINOIS.—**(Indignada)**. ¿Qué es lo que se atreve usted a decir?

BRIDEL.—Pero... Se necesita llegar a un grado de inconciencia espantosa!... **(A Estela que está por irse)**. Puede usted escuchar lo quue les voy a decir...

ESTELA.—Prefiero no oir. **(Sale)**.

LUCIANA.—¡Yo tampoco!

BRIDEL.—**(Agarrándole de la mano)**. Les pido perdón! Vamos a explicarnos ya que se nos presenta la ocasión. Empiezo a creèr que hay un malentendido entre nosotros. ¡Siéntense ustedes! **(Secándose la frente con el peñuelo)**. Vean, estoy completamente tranquilo!

LUCIANA.—¡Es usted ridículo!

Sra. VARINOIS.—¡Bastante!

BRIDEL.—Ya lo sé. Sin embargo, permítame hacerle unas preguntas. ¿Está usted bien decidida a ir el domingo al almuerzo en casa de la señora Lemoutier?

LUCIANA.—¡Ya lo creo!

BRIDEL.—Bueno. ¿Seguirá usted coqueteando con todos los caballeritos que le presentará su señora mamá?

Sra. VARINOIS.—¡Ah, eso!

LUCIANA.—**(A la señora Varinois)**. Oh! Cállate, mamá, por favor.

BRIDEL.—Y en particular, con el señor de Toury?

Sra. VARINOIS.—Pero...

LUCIANA.—**(A la señora Varinois)**. ¡Calla, por favor!

BRIDEL.—¿Quiere usted contestarme?

LUCIANA.—Le contestaré cuando no me haga preguntas insolentes.

BRIDEL.—Voy a pedirle a usted algo quue no es insolente... por lo menos así me parece... Tengo forzosamente que irme para España en estos días... ¿Quiere usted acompañarme?

LUCIANA.—¡No!

BRIDEL.—Le advierto que no partiré sin usted.

LUCIANA.—Está usted en su derecho.

BRIDEL.—Y que si no me voy pierdo un asunto muy importante.

LUCIANA.—Nunca le acompañé a usted en esa clase de viajes, ¿qué chifladura es la suya?

BRIDEL.—Antes la dejaba en París, pero en aquel entonces tenía confianza en usted.

LUCIANA.—¿Y ahora ya no me tiene confianza?

BRIDEL.—Ninguna.

LUCIANA.—¡Qué lástima!

BRIDEL.—¡Así es! Una pregunta más; será la última: ¿Quiere usted divorciarse?

LUCIANA.—¡Le aseguro que está usted loco!

BRIDEL.—Me pongo a su disposición. Haremos la comedia de costumbre en esos casos. Tenemos un abogado en la familia... hay que aprovecharlo. ¡Estoy harto de llevar esta vida! ¡Estoy harto de la cara de tonto del señor Toury! No tengo otras cosas que hacer, que preguntarme cada mañana si tomará usted un amante a la tarde... **(Movimiento de Luciana).** ¡Me exaspera, me fastidia, me deshace! Pórtese usted como una mujer que se respeta o si nó póngase francamente a vagabundear! Pero... apúrese usted! Porque quiero bien ser engañado; pero no quiero volverme hidrófobo!

LUCIANA.—¡Oh!

Sra. VARINOIS.—**(Levantándose).** Tiene usted unas expresiones de una vulgaridad repugnante!

LUCIANA.—¡Nunca le perdonaré lo que acaba usted de decir!

BRIDEL.—¡Me obligó usted a eso! Voy a preparar nuestra mudanza. Hágame el servicio de comunicarme su decisión. **(Sube por la escalera a su departamento).**

Sra. VARINOIS.—Estoy atolondrada. ¿Y tú?

LUCIANA.—¿Yo, mamá?

Sra. VARINOIS.—¿Tú... sí, tú?

LUCIANA.—Yo no sé más que unua cosa: que mi señor marido me va a pagar este pequeño exceso de elocuencia. **(Se dirije hacia un escritorio que está del lado de la escalera).**

Sra. VARINOIS.—¿Qué haces?

LUCIANA.—Voy a escribir una carta.

Sra. VARINOIS.—¿No me necesitas?

LUCIANA.—Gracias, no.

Sra. VARINOIS.—**(A la puerta).** Y ese Denoizean que no llega; con tal quue el Barón... **(Sale).**

ESCENA XV

LUCIANA sola, y después EDMOND

LUCIANA.—**(Lista para escribir, nerviosa y afiebrada. Tiene la lapicera: reflexiona un momento, y después hace un gesto de desdén y comienza:)** "Amigo mío". **(Entra Edmond).** Ah! es él! justamente... **(Se levanta y se acerca a Edmond, se encuentran los dos al pie de la escalera).** Estaba escribiéndole...

EDMOND.—¿A mí?

LUCIANA.—Desde que está usted aquí. **(Muy rápido).** Mañana a las tres, en casa de usted.

EDMOND.—Dijo... "a las tres?"

LUCIANA.—Sí, y ahora márchese. **(Le dá la mano, él la besa y desaparece. Luciana hace algunos pasos hacia la puerta, la abre y murmura:)** Tendré tiempo de decidirme a las 3 menos cuarto. **(Sale).**

ESCENA XVI

BRIDEL solo, aparece arriba de la escalera. Mira y baja.

BRIDEL.—He oido... perfectamente: "Mañana a las 3... en casa de usted." Palabra de honor... prefiero saberlo. Me siento más tranquilo... más dispuesto. No voy a decir que me alegro... no... sería ir demasiado lejos... pero me he aliviado de un peso! Por lo menos se acabaron las suposiciones! Qué canalla... asi mismo... qué infame... si a primero de año me hubiesen dicho que mi mujer me engañaría en mayo... nunca lo hubiese creído... Es mi año... parece... No hay nada que hacerle! ¿Sorprenderlos?... ¿Impedírselo?... Volverían a empezar al día siguiente... No... Los voy a dejar bien tranquilitos... y a la noche, cuando Lucuiana vuelva le diré: Señora, sé lo que me hizo usted esta tarde... Es imposible seguir viviendo juntos... usted me comprenderá... Me voy a dormir al Hotel durante

los preparativos de divorcio!" Tengo curiosidad en saber lo que me contestará!

ESCENA XVII

BRIDEL, LEVERQUIN, después VARINOIS

LEVERQUIN.—¿Qué haces? ¿Con quién estás enojado?

BRIDEL.—Adivina a dónde irá mañana a las 3 mi mujer... pongamos a las tres y media... no es muy puntual...

LEVERQUIN.—A lo de la modista...

BRIDEL.—No.

LEVERQUIN.—A lo de la costurera...

BRIDEL.—No.

LEVERQUIN.—Al dentista...

BRIDEL.—Irá a casa del señor Toury... Edmond Toury!

LEVERQUIN.—Ah! Bah!

BRIDEL.—Oí algo de la conversación... estas palabras muy sencillas... "mañana a las 3 en casa de usted".

LEVERQUIN.—¿Oiste?... Es decir... escuchaste! ¡Eres un niño! ¡Yo soy superior! Mañana a la misma hora talvez Estela estará en casa de Hupond; pero yo nuunca lo sabré. Así puedo guardar la ilusión de que mi mujer me es fiel. ¡Tú no lo puedes ya!

BRIDEL.—No... tengo el valor de decirlo!... Ahora hablo con el abogado... dame una consulta.

LEVERQUIN.—Con mucho gusto. **(Entra Varinois).**

BRIDEL.—Suegro... ¿quiere usted hacer un encargo?

VARINOIS.—¿Para quién?

BRIDEL.—Para la señora Varinois. ¿Quiere usted decirle de mi parte que ha educado admirablemente a sus hijas?

LEVERQUIN.—Y dé mi parte también! **(Bridel y Leverquin se van por la escalera).**

ESCENA XVIII

VARINOIS solo, después señora VARINOIS y DENOIZEAN

VARINOIS.—Ah!, cómo no! **(Entra la señora Varinois).** Eudoxia?

Sra. VARINOIS.—¿Qué hay?

VARINOIS.—Te felicito de parte de Bridel, por la educación que distes a tus hijas!

Sra. VARINOIS.—Ese Bridel es un insolente. Un día u otro le va a pasar algo desagradable: Yo soy quien lo dice.

LUISA.—**(Anuncia).** El señor Denoizean.

Sra. VARINOIS.—¡Por fin! Le esperaba con impaciencia! **(Mira al marido).**

VARINOIS.—¿Estorbo?

Sra. VARINOIS.—Si.

VARINOIS.—¡Bueno!

DENOIZEAN.—¡Perdone, tío!

VARINOIS.—Adiós... adiós... no se molesten ustedes.

ESCENA XIX

Sra. VARINOIS.—¿Y?

DENOIZEAU.—En este momento dejo al Barón.

Sra. VARINOIS.—Le dijo usted que es mi yerno...

DENOIZEAN.—¿Quién le llamó grosero?... ¡Seguramente! Es un asunto arreglado.

Sra. VARINOIS.—Tuvo la bondad de perdonar aquella...

DENOIZEAN.—¡Seguramente! Sólo que el señor Barón que es un caballero, quiere mandarle los padrinos a Bridel.

Sra. VARINOIS.—¿Hein?

DENOIZEAN.—Bridel eligirá los suyos, quue seremos: yo y uno de mis amigos a quien acabo de escribir. Redactaremos un pequeño proceso verbal en el cual reconoceremos que ñuestro cliente no tuvo la intención de ofender al señor Barón d'Encolure, y el Barón cenará aquí el Domingo que viene. ¿Le avisó usted a Bridel?

Sra. VARINOIS.—¿A mi yerno? ¡Todavía no!

DENOIZEAN.—¿Cómo es eso? ¿No sabe nada aún?

Sra. VARINOIS.—No tuve tiempo de hablar con él.

DENOIZEAN.—Voy a verlo.

Sra. VARINOIS.—¿Es absolutamente indispensable?

DENOIZEAN.—Pero... claro. Sería la última de las incorreciones! Hacerse testigo de un señor sin que él lo sepa! Sobretodo para hacerle presentar sus excusas!

Sra. VARINOIS.—¡Oh!

DENOIZEAN.—Le aseguro a usted. En el honor hay reglas que no se pueden evitar. **(Está por subir)**

Sra. VARINOIS.—Edgardo... deme usted una prueba de su afección hacia mí. En este momento ando muy mal con mi yerno y si le pidiera una insignificancia seguramente me la rechazaría. Si lo ponemos al corriente de este asunto... perderemos todo: ¿Y qué haremos con el Barón?

DENOIZEAN.—Sin embargo...

Sra. VARINOIS.—No podía consolarme nunca. Sea usted bueno hasta al final. Reciba usted los testigos del barón... firme el proceso verbal. ¿Tendrá que firmar también él? **(Signo de Denoizean).** ¿No?... ¡Mejor!

DENOIZEAN.—Me pide algo muy raro... tía...

Sra. VARINOIS.—¡Le suplico!

DENOIZEAN.—Lo que me pide usted es casi una falsificación! Una falsificación en materia de honor! ¡Es el colmo!

Sra. VARINOIS.—Nunca mi yerno sabrá nada de lo quue pasó!...

DENOIZEAN.—Châteauvillars dice en su "Tratado del Duelo".

Sra. VARINOIS.—Edgardo... querido Edgardo!...

DENOIZEAN.—Será la primera vez en mi vida que saldré de testigo en estas condiciones!

Sra. VARINOIS.—**(Tomándole las manos).** Hay que bueno es usted! Nunca lo olvidaré! Gracias, gracias!

DENOIZEAN.—Pero...

Sra. VARINOIS.—No hablemos más de eso... Hablemos de Antonia, esperando a estos caballeros... ¿Siempre quebradas las relaciones?...

DENOIZEAN.—Cada día más. Pero... ¿quiere se lo confiese?... Tengo una debilidad; quisiera saber quiénes eran los compañeros del Club que cenaron en casa de ella la otra noche.

Sra. VARINOIS.—¿Y para qué?

DENOIZEAN.—Estoy intrigado... Ya inicié las averiguaciones; les pregunté a los sirvientes... pero no conocen los nombres... saben solamente que había uno alto y uno pequeño... y es el pequeño... usted me comprende... quien... con Antonia.

Sra. VARINOIS.—Sí, sí, comprendo.

DENOIZEAN.—También el otro... talvez... pero la camarera no está segura. De mi lado... reflexioné... estoy en la pista. Le aplasté el sombrero a uno de los dos... creo que al pequeño... Le debo de haber puesto la nariz a la miseria. Ha de estar bien despellejada y eso me ayudará a reconocerlo. Hoy fuí al club... miré bien... pero nadie tenía la nariz despellejada... **(Luisa entra. Trae un telegrama en una bandeja).**

LUISA.—Un mensaje telefónico.

DENAIZEAN.—¡Ah! **(Abre).** ¡Ay! ¡Qué contratiempo! Mi amigo escribe que no puede venir! Causa imprevista. ¿A quién vamos a buscar para segundo padrino? ¿No está Toury? Y el señor De Hupond?

Sra. VARINOIS.—No.... no tengo a nadie...

DENOIZEAN.—Está mi tío... pero...

Sra. VARINOIS.—No... no... por Dios... ¡Haría alguna barbaridad!

DENOIZEAN.—**(Mirando su reloj).** Los testigos del Barón estarán aquí dentro de cinco minutos. **(Un ruido arriba de la escalera. Un señor baja los primeros escalones, sombrero en la mano).**

ESCENA XX

Los mismos, BOIRE

BOIRE.—**(Muy galante).** Mis disculpas... señora... señora Varinois, ¿no es cierto? Soy Boiré... el arquitecto... su yerno nos presentó su dimisión... y está muy apurado... nos dijo... Vengo para los arreglos....

Sra. VARINOIS.—El señor Bridel no está.

BOIRE.—Ya sé, señora. Pero dió orden de que me dejaran visitar. El departamento está en buen estado. El único arreglo, y es de lo más serio, es el agujero por donde pasa la escalera.

Sra. VARINOIS.—No estamos todavía en esas...

BOIRE.—No importa. Yo hago lo que me dijeron... Permita usted que ahora examine este lado...

Sra. VARINOIS.—¿Para qué? ¡No vamos a poder pagar los dos!

BOIRE.—Perdone Vd. El señor Bridel ha hecho un agujero en el piso... pero Vd.... ¡Vd. hizo un agujero en el techo!

Sra. VARINOIS.—Pero desde que es el mismo agujero...

BOIRE.—Yo no quiero entrar en esos detalles.

Sra. VARINOIS.—Sin embargo, señor.

DENOIZEAN.—**(Tocándose la frente).** Una palabra, caballero... Antes de todo, permítame Vd. que me presente... Denoizean, rentista.

BOIRE.—**(Saluda).** ¡Ah!

DENOIZEAN.—Vengo a pedirle a Vd. un servicio que entre caballeros no pueden rechazarse!

Sra. VARINOIS.—**(Comprendiendo).** ¡Mira! ¡Qué idea!

DENOIZEAN.—El señor Bridel tiene un desafío... o mejor dicho... un negocio! Se trata de ser su testigo. Le agradeceré a Vd. su ayuda. Uno de mis amigos tenía que serlo... pero faltó a la palabra.

BOIRE.—¡Seguramente! ¡Cómo no! Pero para cuando... Si no es indiscreción.

DENOIZEAN.—Enseguida.

BOIRE.—¡Qué diablo! es que... ¿Y por qué se bate el señor Bridel?

DENOIZEAN.—No se bate. Se trata de aclarar un malentendido... Una simple acta que hay que redactar. **(Entra Luisa con tarjetas en una bandeja).**

LUISA.—Dos señores preguntan por el señor Bridel.

DENOIZEAN.—Son los testigos del adversario. **(Mirando las tarjetas).** ¡Ah! Los conozco.

BOIRE.—Señor, no quiero serle desagradable... acepto.

DENOIZEAN.—¡Es Vd. muy amable!

Sra. VARINOIS.—**(Tendiéndole la mano).** Le agradezco, caballero, y para los arreglos de la casa haré lo que a usted le agrade.

DENOIZEAN.—No hay que confundir las dos cosas... **(A Luisa).** Haga pasar.

Sra. VARINOIS.—Yo me retiro. **(Aprieta la mano a Denoizean).** ¡Valor!

ESCENA XXI
DENOIZEAU, BOIRE, CREMYER, LIVERDON

(Crémyer debe ser alto y Liverdon pequeño. Liverdon tiene la nariz lastimada y vendada con tafetan, muy visible)

DENOISEAN.—Quieren Vds. molestarse caballero....

CREMYER.—Señor... **(Reconoce a Denoisean).** ¡Hola! ¡Denoizean!... ¿Cómo es eso? Vd. es testigo del señor Bridel?

DENOIZEAN.—Sí...

CREMYER.—¡Qué curioso!

LIVERDON.—**(Saca un pañuelo y se tapa la cara).** ¡Qué espléndido!

DENOIZEAN.—¿Por qué curioso?

CREMYER.—Quiero decir que no me lo esperaba.

DENOIZEAN.—Señores... les voy a presentar... el señor...

BOIRE.—Boiré...

DENOIZEAN.—Boiré, el conocido arquitecto... testigo como yo del señor Bridel... **(Saludos).** ¡Siéntensen, señores... siéntensen! **(En lugar de sentarse Boiré va a tocar con la punta del bastón el cielo raso en donde está el agujero de la escalera).** Señor Borié, disculpe...

BOIRE.—¡Ah! ¡Es cierto!

DENOIZEAN.—Luego... cuando los señores se marchen... **(Todos toman asiento).** Creo, señores, que estamos de acuerdo...

CRUMYER.—¡Absolutamente! ¿Retirán ustedes la expresión?

DENOIZEAN.—Retiramos y expresamos nuestro sentimiento.

CRUMYER.—¡No pedimos más!

DENOISEAN.—No queda más que redactar el acta. **(Se dirige hacia una mesita a la izquierda. Los otros lo siguen).** Vamos a ver... **(Toma papel y lapicera y comienza a escribir).** "El señor Barón d'Encolure, sintiéndose ofendido por..." **(Busca la palabra).**

LIVERDON.—"Por un epiteto mal sonante".

DENOIZEAN.—Eso es... **(Pronunciando las palabras "epiteto mal sonante" Liverdon apoyo las dos manos sobre la mesa adonde Denoizean está escribiendo. Este ve de golpe la venda de tafetán que Liverdon tiene sobre la nariz y se para).**

LIVERDAU.—¡Demonio!

DENOIZEAN. — **(Levantándose).** ¡Qué casualidad! **(Mirándolos atentamente a Liverdon y a Cremyer).** Una es alto... el otro es pequeño... Sería demasiado!... **(A Liverdon).** ¡Qué tiene usted en la nariz... amigo!

LIVERDON.—**(Cortado).** ¿Yo?... Nada... un rasguño que me hice en una puuerta...

DENOIZEAN.—Entonces es cosa recién hecha. Yo lo ví a usted antes de ayer, y... no tenía nada...

LIVERDON.—Es cierto...

DENOIZEAN.—**(Frío).** Dígame... no habrá sido usted por fatalidad, herido con un sombrero?...

BOIRE.—... Vea... yo estoy algo apurado...

DENOIZEAN.—Tenemos tiempo... Le preguntaba, estimado amigo, si no habrá sido con un sombrero... porque las heridas hechas por los sombreros se parecen mucho a esta!

LIVERDON.—¡Adivinó!... **(Aparte).** Denoizean, viejo...

DENOIZEAN.—¿Qué hay?

LIVERDON.—Viejo, vamos... es mejor reirnos!... Vea... soy yo... yo y Cremyer... cenábamos... yo creía que usted tenía la intención de quebrar con Antonia... no tuve ningún cuuidado!...

DENOIZEAN.—¡Ah, es usted!

CREMYER.—Sí, amigo...

LIVERDON.—Bah! Todo está concluído... borrado. **(Tiende la mano a Denoizean que la rechaza).**

DENOIZEAN.—Ustedes se burlaron de mí!

LIVERDON.—Permítame...

DENOIZEAN.—¡Mis compañeros de Club!

CREMYER.—No lo vamos a hacer más.

LIVERDON.—Le hago observar, amigo, que usted ya se vengó. ¡Mi nariz me duele mucho! He sangrado toda la noche.

DENOIZEAN.—No tengo ningún sentimiento.

LIVERDON.—Denoizean!

DENOIZEAN.—Y si pudiera volvería a empezar... iría talvez más lejos...

LIVERDON.—¡Caballero!

DENOIZEAN.—Porque se portaron ustedes como...

LIVERDON.—¡Basta! No continúe usted. **(Se acercan el uno del otro. Boiré los espera).**

BOIRE.—Perdonen... si redactáramos...

DENOIZEAN.—**(Calmándose).** Es cierto... redactemos... vamos a ver después...

LIVERDON.—Como usted guste.

(Denoizean vuelve a su sitio, y los padrinos del adversario delante de él).

DENOIZEAN.—**(Escribiendo).** "El señor Barón d'Encolure, juzgándose ofendido mandó sus padrinos... **(busca).**

LIVERDON.—**(Continúa).** "El señor Bridel, habiendo retirado el epíteto de grosero...

CREMYER.—**(Siguiendo).** "Los cuatro testigos, de común acuerdo decidieron que el encuentro no tuviera lugar".

DENOIZEAN.—**(Deja la lapicera y los mira mofándose).** y ustedes piensan que, después de la manera de tratarme a mí el señor Bridel les presentará sus excusas?

LIVERDON.—Perdone... el cliente nada tiene que ver...

DENOIZEAN.—El señor Bridel no tiene miedo, señores... el señor Bridel se bate. No solamente no retira la palabra grosero, sino que la ratifica.

LIVERDON.—A sus órdenes caballero.

DENOIZEAN.—**(Mirándolo a Cremyer).** La aumenta al doble.

BOIRE.—No entiendo... ¿No habían dicho que iban a arreglar todo?...

DENOIZEAN.—No arreglamos nada... Escribamos!

LIVERDON y CREMYER.—¡Escribamos!

DENOIZEAN.—Hen!... "El señor Bridel, se niega a retirar la expresión "grosero" y los cuatro testigos de común acuerdo, han decidido que es inevitable el encuentro sobre el terreno.

LIVERDON.—Escribió usted "inevitable", ¿no cierto?

DENOIZEAN.—**(Orgulloso).** Sí, señor! **(Sigue escribiendo).** El arma elegida...

DENOIZEAN.—¿Les conviene la espada, señores?

LIVERDON y CREMYER.—Perfectamente.

DENOIZEAN.—¿Y a usted?

BOIRE.—A mi también.

DENOIZEAN.—**(Sigue escribiendo).** El encuentro tendrá lugar mañana... **(hablando)** ¿quieren a la tarde?

BOIRE.—Tengo un peritaje a las dos... mejor sería a las tres.

DENOIZEAN.—¡Bueno! **(Escribiendo).** "El encuentro tendrá lugar mañana a las 3 de la tarde". **(Hablado).** ¿Adónde?

LIVERDON.—Detras de las tribunas de Longchamps.

DENOIZEAN.—¿Les conviene? **(Signos afirmativos de los padri-**

nos. Sigue escribiendo). El combate durará hasta que uno de los dos adversarios esté en imposibilidad..."

LIVERDON.—**(Con desconfianza).** Material...

DENOIZEAN.—Sí, señor, material de seguir. Sírvanse firmar señores. **(Liverdon y Cremyer firman, después Boiré y Denoizean).**

LIVERDON.—**(Seco).** Hasta mañana señor.

DENOIZEAN.—Hasta mañana a las 3.

LIVERDON.—Detrás de las tribunas de Longchamps. **(Liverdon y Cremyer salen).**

BOIRE.—¿Me necesita usted?

DENOIZEAN.—No, gracias, sea puntual, ¿no es cierto? a las 3.

BOIRE.—¡Entendido! Es la primera vez. No voy a faltar... ¿Y usted, ya se batió alguna vez?

DENOIZEAN.—Muy a menudo! **(Se aprietan la mano. Boiré sale).**

ESCENA XXII

DENOIZEAN solo, y después BRIDEL

DENOIZEAN.—Encantado de haberlos puesto en su luugar.

BRIDEL.—**(Bajando la escalera y hablando solo).** Se me ha ocurrido una idea; le voy a decir a Luciana: "Señora..." **(Viendo a Denoizean).** Denoizean, buen día. Denoizean.

DENOIZEAN.—Llega usted a propósito: salen de aquí.

BRIDEL.—¿Quienes?

DENOIZEAN.—No tenía a nadie a mano y me ví obligado a dirigirme a su Arquitecto.

BRIDEL.—¿Qué Arquitecto?

DENOIZEAN.—El que venía para las reparaciones... de la casa.

BRIDEL.—Y... ¿qué dijo el Arquitecto?

DENOIZEAN.—Fué muy correcto... **(Lo toma del brazo gravemente).** Espera mañana, amigo...

BRIDEL.—**(Estrañado).** ¿Qué hay para mañana?

DENOIZEAN.—Para mañana a las 3.

BRIDEL.—¿Mañana a las 3? **(Aparte).** ¿Y cómo lo sabe este?

DENOIZEAN.—Detrás de las tribunas de Lonchamps.

BRIDEL.—¿Detrás de las tribunas? ¿La cita es detrás de las tribunas?

DENOIZEAN.—Sí.

BRIDEL.—¡Qué idea ridícula! Yo creía que era en la casa de él, algo hay cambiado.

DENOIZEAN.—No perdamos tiempo... Probablemente usted, nunca hizo esquinas; le voy a dar una pequeña lección, con las espadas de mi tío. **(Va a la panoplia que está en la pared del fondo en un rincón, saca dos espadas, una para Bridel y otra para él).** Tome usted.

BRIDEL.—**(De más en más asustado).** ¿Y para qué?

DENOIZEAN.—Sí, colóquese allá: el brazo tendido... **(Lo pone en guardia).** Ahora soy yo el que ataca.

BRIDEL.—El pobre muchacho no ha de estar en su estado normal.

DENOIZEAN.—¡Atención! Yo avanzo sobre usted!

BRIDEL.—¡Eh! ¡Me va usted a herir! **(Avance).**

DENOIZEAN.—No hay más que tender el brazo. Tienda usted el brazo... sí, así, !rate de pincharme la mano tendiendo el brazo... Es la lección de terreno... Así está usted seguro de no recibir la espada en pleno pecho. Será usted herido probablemente en el brazo o en la mano.

BRIDEL.—¡Ya sé! **(Aparte).** Cree que me voy a batir con Toury.

DENOIZEAN.—El barón es un excelente tirador. Se conformará con pincharle apenas.

BRIDEL.—Pero... en fin... ¿qué Barón?

DENOIZEAN.—El barón d'Encolure!

BRIDEL.—¿Qué es lo que quiere de mí el barón d'Encolure?

DENOIZEAN.—¡Eh!, amigo, le llamo usted "grosero" que diablo! "grosero" es insulto grave!

BRIDEL.—Yo dije...

DENOIZEAN.—Sí, ayer en la exposición!

BRIDEL.—¿Era él?

DENOIZEAN.—Perfectamente. Le ha mandado los padrinos. Usted se bate mañana a las 3 detrás de las tribunas de Lonchamps... Yo soy su padrino.

BRIDEL.—¿Usted mi padrino?

DENOIZEAN.—Mi tía me pidió...

BRIDEL.—**(Furioso).** Mi suegra... ¿y qué quiere esa señora de mí?

DENOIZEAN.—Ella...

BRIDEL.—**(Al colmo de la cólera).** Ah! yo me bato con el Barón. ...Bueno, será... estoy encantado de batirme... Lo necesito! Me calmará los nervios! **(Agarra la espada).** Y verá usted... mire... mire... **(Cruza a Denoizean).**

DENOIZEAN.—Eh! iá, lá! Lá, lá! **(Bridel continúa, la puerta se abre y la señora Varinois recibe la punta de la espada en el hombro).**

ESCENA XXIII

Los mismos. Sra. VARINOIS, después LUCIANA

Sra. VARINOIS.—¿Qué pasa?... ¿Qué hay?... ¿Qué es ese ruido?

DENOIZEAN.—Es para mañana... a espada...

Sra. VARINOIS.—¿Se bate usted?

BRIDEL.—Sí, señora, me bato con su señor Barón.

LUCIANA.—**(Entrando).** ¿Quién se bate?

BRIDEL.—Yo, señora! ¿Y sabe usted a qué hora tendrá lugar ese duelo? A las 3... A las 3... **(Movimiento de Luciana).** Ahí tiene usted una coincidencia bien rara... ¿no es cierto, señora? ¡Ahí tiene algo romántico... Algo excitante!

Sra. VARINOIS.—¡Yerno!

BRIDEL.—**(Siempre con la espada en la mano).** ¡Basta, señora! ... Déjeme usted! **(Sube la escalera, siempre con la espada en la mano y de arriba amenaza a la señora Varinois).** ¡No suba, se lo prohibo! **(Amenaza con la espada a la señora Varinois que quiere subir).**

DENOIZEAN.—¡Es un hombre chic!...

TELON

ACTO TERCERO

Una pequeña sala, la que comunica por la escalera con el hall de la Señora Varinois; en el segundo acto. Una balaustrada. La abertura de la escalera frente al público.

ESCENA PRIMERA

Sra. VARINOIS, LUCIANA. La Sra. VARINOIS mira su reloj

LUCIANA.—Las 3 y cuarto.

Sra. VARINOIS.—A este hora el señor Bridel cruza la espada con el Barón. **(Movimiento de Luciana).** Sí, sí, ya comprendo... Tú y tu marido no se hablan desde ayer... el durmió aquí y tu abajo, en mi dormitorio... pero eso no quita que estés nerviosa... yo misma, a pesar del trato tan poco simpático de Adolfo para con migo... siento una pequeña emoción... Lo confieso... digo pequeña porque estoy segura de antemano del resultado!

LUCIANA.—¿Estás segura? ¿Y cómo?

Sra. VARINOIS.—Tu marido nunca tocó una espada, ¿no es cierto?

LUCIANA.—No.

Sra. VARINOIS.—El Barón es una de las primeras hojas de París... Entonces nada puede suceder.

LUCIANA.—No importa.

Sra. VARINOIS.—Entre caballeros está establecido que, cuando uno de los dos adversarios es mucho más fuerte que el otro se hace una herida insignificante. Tu marido será herido aquí... **(Toma el pulso de Luciana y toca bajo la mano).** Edgardo me explicó el golpe...

LUCIANA.—Asi mismo todo eso es muy problemático...

Sra. VARINOIS.—Te voy a convencer completamente.

LUCIANA.—**(Asombrada).** ¡Ah!...

Sra. VARINOIS.—El señor Barón cenará en mi casa el sábado.

LUCIANA.—El Barón cenará...

Sra. VARINOIS.—En familia... con todos ustedes. Comprenderás ahora que tiene demasiado tacto para herir gravemente a tu marido.

LUCIANA.—¡Oh!

Sra. VARINOIS.—Yo respondo de él... ¿Y después?

LUCIANA.—¿Después de qué?

Sra. VARINOIS.—Después del duelo: ¿qué harás?

LUCIANA.—¿En qué sentido?

Sra. VARINOIS.—Esa pelea... con Adolfo...

LUCIANA.—¿Y cómo quieres que yo sepa... qué me aconsejas?

Sra. VARINOIS.—**(Reflexionando).** Has cometido faltas con tu marido?...

LUCIANA.—Sí.

Sra. VARINOIS.—¿Graves?

LUCIANA.—Sí.

Sra. VARINOIS.—¿Muy graves?

LUCIANA.—No.

Sra. VARINOIS.—Considera bien la cosa... me parece mejor...

LUCIANA.—¿Qué?

Sra. VARINOIS.—Hija... desde que tú no has cometido faltas graves con tu marido... estás en un caso evidente de inferioridad. como diría Edgardo... Miremos las cosas de frente... el tiene el papel más bonito!

LUCIANA.—Eso no quiere decir nada.

Sra. VARINOIS.—Tú podrías... en último caso, arrojarte a sus brazos y pedirle perdón... pero es siempre una cosa delicada... pedirle perdón a un hombre... nunca se puede decir adonde lleva eso...

LUCIANA.—No niego que Adolfo tenga razón en quejarse de mí... pero él también hace tiempo que no es el mismo de antes.

Sra. VARINOIS.—¡Claro!

LUCIANA.—Se ha vuelto desconfiado...

Sra. VARINOIS.—Furioso...

LUCIANA.—Molesto...

Sra. VARINOIS.—Y violento... No te diste cuenta esta mañana...

LUCIANA.—No... salió temprano: debe haber comido temprano ... en el restaurant con Edgardo... ¿Habrá un médico allá?

Sra. VARINOIS.—Sí, fué el doctor Bluche: el médico del Club.

LUCIANA.—**(Pensando).** Tengo una idea que me fastidia desde ayer... se oirá aquí?... ¿Mamá, quieres hacerme un gran favor?

Sra. VARINOIS.—Habla, hijita!

LUCIANA.—Vete un momento hasta abajo... al pié de la escalera... Dí algunas palabras a media voz...

Sra. VARINOIS.—**(Estrañada).** ¿Y por qué a media voz?

LUCIANA.—Quiero saber si se oye desde aquí.

Sra. VARINOIS.—¿Y qué palabras quieres tú que te diga?...

LUCIANA.—No importa... cualquiera... **(Buscando).** Dime:. . "mañana a las tres en casa de usted".

Sra. VARINOIS.—**(Repitiendo).** Mañana a las 3... ¿qué es eso?...

LUCIANA.—Nada... es una frase que he leído en una novela... mira... habla así: **(baja la voz).** "Mañana a las tres"...

Sra. VARINOIS.—Sí, he comprendido. **(baja).**

ESCENA II

LUCIANA.—**(Sola).** ¿Y...?

VOZ de la Sra. VARINOIS.—**(Clara y bien distinta, del fondo de la escalera).** "Mañana a las tres en su casa".

LUCIANA.—Gracias... sí. se oye... y muy bien! **(Arrimándose).** Gracias.

Sra. VARINOIS.—¿Y nada más?

LUCIANA.—No... Ah!, sí. Mándame a Luísa: tengo que hacerle llevar una carta.

Sra. VARINOIS.—Enseguida.

ESCENA III

LUCIANA sola, y después LUISA

LUCIANA.—**(Se sienta a un pequeño escritorio, toma una hoja de papel).** Le voy a mandar unas líneas. Sería capaz de volver aquí. Ya van tres cuartos de hora que me está esperando. **(Escribe).** "Mi... amigo..." Oh, no! **(Toma otra hoja de papel y arruga la primera, dejándola sobre la mesa).** "Señor..." ¡tampoco! **(Toma una tercera hoja y arruga la segunda como la otra).** Eso es... Estimado señor. **(Hablado).** Sí, "estimado señor"... ¿y después? "Mamá me ruega que lo invite a cenar el sábado..." Comprenderá que no pude ir!... que pasó algo... y si no comprende paciencia! **(Luisa entra, viniendo de la escalera).**

LUISA.—¿Le señora me necesita?

LUCIANA.—Sí, Luisa, lleve usted esta carta... inmediatamente. ... tome un coche. **(Pone la carta en un sobre y escribe la dirección).**

LUISA.—**(Aparte, mirándola a Luciana).** Es bonita, no digo que no... pero está también mejor vestida que yo. Estoy segura que si yo me vestiera así....

LUCIANA.—Ahí tiene, hija.

LUISA.—**(Mirando el sobre, entusiasmada).** El señor Toury! ¿La señora me manda a la casa del señor Edmond?

LUCIANA.—¡Sí!

LUISA.—¡Ah!

LUCIANA.—¡Qué le pasa!

LUISA.—Nada, señora, nada.

LUCIANA.—¡Es cierto, usted se colocó en casa de mamá, recomendada por el señor Toury!

LUISA.—Sí, señora!
LUCIANA.—¿De dónde lo conoce usted?
LUISA.—Oh!, hace mucho que lo conozco!
LUCIANA.—Creo que él me dijo algo...
LUISA.—El señor Edmond iba muy a menudo a casa de una señora... de quien yo era... camarera.
LUCIANA.—¡Ah!
LUISA.—**(Aparte).** Estoy segura que esto le fastidia. Nunca pude saber su verdadero nombre; el señor Edmond le llamaba Kiki.
LUCIANA.—**(Riéndose).** ¿Kiki?
LUISA.—Ahora vive retirada en el campo!
LUCIANA.—Y el señor Toury era...
LUISA.—Era el que venía más seguido de todos los caballeros que visitaban a la señora.
LUCIANA.—¡Kiki!
LUISA.—Sí, la señora lo adoraba!
LUCIANA.—¡Qué raro!
LUISA.—Es tan amable... tan elegante... tan distinguido... tan... ¡ah! **(Un suspiro y baja los ojos, Luciana la mira).**
LUCIANA.—Bah! ¿Le parece? Pero... mire!...
LUISA.—La señora no se enfada por lo que le digo?
LUCIANA.—¿Yo?... ¡Para lo que me importa!
LUISA.—¿Entonces me voy con la carta?
LUCIANA.—**(Reflexionando).** No... deme esa, le voy a dar otra. **(Rompe la carta y tira los pedazos en la chimenea, escribe).** "Estimado señor, me dijo usted que buscaba una camarera; le mando la señorita Luisa... recomendándosela especialmente. Además lo conoce a usted de la casa de la señora Kiki, y parece que ha guardado de ella el más dulce recuerdo". **(Aparte).** Esta vez entenderá! **(A Luisa).** Ahí tiene hijita la carta que hay que llevar. Creo quedará usted contenta.
LUISA.—¿Yo, señora?
LUCIANA.—Y no se olvide de tomar un coche... Dese prisa!
LUISA.—Bueno, señora! ¿Hay contestación?
LUCIANA.—No. **(Luisa sale. Luciana queda un momento sola y después va hacia la puerta de derecha; Luisa anuncia:)** El señor y la señora Leverquin. **(Entran de la izquierda Leverquin y Estela).**

ESCENA IV

LEVERQUIN, LUCIANA y ESTELA

LEVERQUIN.—¿Y qué noticias tiene usted?
LUCIANA.—Ninguna. **(Besa a Estela).**
ESTELA.—Vamos a esperar.
LUCIANA.—Sí, esperen ustedes, yo me retiro, me disculparán... Estoy un poquito... **(Agarrándose las manos).** Nerviosa.
ESTELA.—¡Comprendo!
LUCIANA.—Ya voy a volver. **(Sale).**

ESCENA V

LEVERQUIN, ESTELA y después LUCIANA

ESTELA.—Luciana está intranquila, es natural!
LEVERQUIN.—¿Mucho, te parece?
ESTELA.—**(Indignada).** Pero... con quien confunde usted a mi hermana... Después de todo, Luciana quiere a su marido!
LEVERQUIN.—¡Ah, ah!
ESTELA.—¿Qué dice?
LEVERQUIN.—¡Nada! digo: "Ah, ah".
ESTELA.—¿Lo duda?
LEVERQUIN.—¡Ya lo creo!
LEVERQUIN.—¿Y eso qué quiere decir?
ESTELA.—¿Dónde estuvo usted ausente todo ese tiempo?
LEVERQUIN.—¡Paseando!
ESTELA.—¡Yo supongo otra cosa!
LEVERQUIN.—**(Abrazándola con indulgencia).** ¡No digas tonterías!
ESTELA.—**(Cambiando de tono).** Vamos, querido, entre nosotros... confiesa... Estamos los dos en el movimiento... **(Riéndose forzosamente).** ¿Estabas con una mujer?... Confiésalo! ¡Sería gracioso!
LEVERQUIN.—**(Riéndose, pero francamente).** ¡Bueno, sí!
ESTELA.—**(Llora repentinamente).** Hi, hi, hi!... ¡Ay Dios mío!
LEVERQUIN.—**(Asustado).** ¿Qué te pasa?
ESTELA.—**(Siempre llorando, sentándose).** ¡Ya me engañas!
LEVERQUIN.—Eso no se llama engañar... querida, eso es di-

vertirse, un caprichito de nada!... Nos entretenemos los dos... cada uno por su cuenta!

ESTELA.—**(Levantándose bruscamente).** ¡Yo me divierto!

LEVERQUIN.—No te hago reproches!

ESTELA.—**(Indignada).** ¡Tú crees que yo te engaño!

LEVERQUIN.—Pero...

ESTELA.—Ah!, Dios mío que desgraciada soy! **(Llora).**

LEVERQUIN.—Verdaderamente entonces no me...

ESTELA.—Nunca jamás! Nunca, ni lo pensé! Te juro. Creias que yo te engañaba. **(Gesto de Leverquin).** ¡Qué horror! Todo porque comí un babá con ese tonto!

LEVERQUIN.—¡Conozco las mujeres!

ESTELA.—Triste opinión la que usted tiene de las mujeres. Entonces cree que si estubiera usted batiéndose yo no estaría horriblemente intranquila?

LEVERQUIN.—¡Oh, sí, sí!

ESTELA.—¡Esto es demasiado!

LEVERQUIN.—Nosotros somos un matrimonio excepcional!

ESTELA.—¿Le parece?

LEVERQUIN.—Somos buenos compañeros y al mismo tiempo...

ESTELA.—¿Al mismo tiempo... qué?

LEVERQUIN.—Nos perdonamos recíprocamente nuestras pequeñas imperfecciones.

ESTELA.—¿Hein?

LEVERQUIN.—¡Nuestros caprichos!

ESTELA.—¿Usted tiene caprichos?

LEVERQUIN.—Yo no... tu talvez...

ESTELA.—No se trata de mí: ya van unos días que le quiero preguntar...

LEVERQUIN.—¿Qué?

ESTELA.—Fuí a su escritorio... a la hora en que usted siempre está... El señor no estaba... fuí hoy y tampoco lo hallé y estoy segura... porqué lo encontré en la puerta.

LEVERQUIN.—**(Aparte).** No es nada... sin embargo. **(Acercándose a ella).** ¡Estelita!

ESTELA.—**(Secándose los ojos).** Hablaremos de eso esta noche, caballero! **(Voces en el vestíbulo).**

LEVERQUIN.—Ahí están! **(Entra Luciana).**

LUCIANA.—Aquí están... me parece... ¿no es cierto? **(Leverquin va a abrir la puerta de derecha).**

ESCENA VI

Los mismos, BRIDEL con el brazo atado, DENOIZEAN, lleva las espadas, el Doctor BLUCHE; al momento de contar las noticias aparece la cabeza de la Sra. VARINOIS por la puerta que dá a la escalera).

BRIDEL.—**(Primero, Leverquin y Estela se acercan a él).**

LEVERQUIN.—No es nada, parece! Más vale así.

ESTELA.—Te felicito, Adolfo!

BRIDEL.—Gracias, gracias! **(Ve a Luciana y le dá la mano izquierda, friamente).** ¡Señora!

LUCIANA.—**(Humildemente).** ¿Sufre usted mucho?

BRIDEL.—Nada, señora... una picadura insignificante.

LUCIANA.—**(Emocionada).** ¡Más vale así!

BRIDEL.—**(Saludando con afectación).** Es usted demasiado amable, señora!... ¿No salió esta tarde?

LUCIANA.—¡No señor!

DENOIZEAN.—Todo fué lo más bien, con corrección, con elegancia! Estoy contento! Estuvo usted a la perfección! ¿No es cierto doctor?

BLUCHE.—Perfecto! Ha sido mi mejor duelo!

LUCIANA.—Le agradezco doctor las curas que ha hecho a mi marido!

BLUCHE.—No hay de qué, señora. A sus órdenes.

ESTELA.—**(Mostrando el brazo de Bridel).** ¿Y en qué parte le hirieron, exactamente. Adolfo?

BRIDEL.—**(Tocando con la izquierda el pulso derecho).** Aquí... me parece.

ESTELA.—¡Ah!

BLUCHE.—¿Nunca vió usted las heridas recibidas en duelo, señora?

ESTELA.—No, doctor, nunca.

BLUCHE.—**(Agarra el brazo de Bridel).** ¿Permite? **(Deshace las vendas).**

LUCIANA.—¿No le hará daño el descubrir la herida?
BLUCHE.—¡Al contrario, así toma aire!
ESTELA.—¡Vamos a ver! **(El Doctor desata el brazo de Bridel y saca las vendas que envuelven la mano).**
BLUCHE.—¿Siente Vd. algo?
BRIDEL.—Nada.
BLUCHE.—¡Aquí está la llaga! **(Estela, Luciana y Leverquin se arriman).**
ESTELA.—**(Mirando).** ¿Dónde?
BLUCHE.—No se le vé bien... Espere Vd. **(Abre la caja y saca el bisturí. A. Bridel).** Deme el brazo. **(Hace un pequeño tajo).**
BRIDEL.—**(Gritando).** ¡Ay! ¡Qué está haciendo!
BLUCHE.—Abro un poco la herida... No se la veía más. Ahora, miren, señoras!
ESTELA.—¡Ah! ¡Dios mío! ¡Está sangrando!
BLUCHE.—¡Nada hay mejor para las heridas!
LUCIANA.—**(Apretándole la mano a Bluche).** ¡Gracias, muchas gracias, Doctor!
DENOIZEAN.—**(A Leverquin).** Cuando tenga Vd. un duelo, se lo recomiendo al Doctor Bluche!
LEVERQUIN.—¡Parece Vd. tener mucha sangre fría!
DENOIZEAN.—Es decir... yo no quisiera batirme sin que estuviese el doctor.
BRIDEL.—A propósito, Denoizeau: tengo que pedirle un favor.
DENOIZEAU.—¡Lo que Vd. quiera!
BRIDEL.—Saque una de mis tarjetas de la cartera.
DENOIZEAN.—¿Una tarjeta suya?
BRIDEL.—En mi cartera... aquí en el bolsillo...
DENOIZEAN.—**(Saca la tarjeta de la cartera de Bridel).** ¡Aquí está!
BRIDEL.—Siéntese Vd. y escriba lo que le dictaré.
DENOIZEAN.—Listo, amigo mío.
BRIDEL.—**(Acercándose a la mesa donde se sentó Denoizeau, la misma en que escribió Luciana).** Escriba bajo mi nombre: Adolfo Bridel... "tiene el honor de comunicarle a la señora Varinois que fué "herido ligeramente en... **(Hablando).** Doctor, ¿cómo se llama exactamente la parte donde fué herido?
BLUCHE.—El primer tercio de la parte externa del cúbito.
BRIDEL.—**(Sigue dicando)** "tiene el honor de prevenir la señora Varinois que fué herido...
DENOIZEAN.—..."en el primer tercio de la parte externa del cúbito".
BRIDEL.—"...del cúbito, y le envía la expresión de su perfecta consideración...". **(Hablando).** Hay que ser concreto ante todo. **(Toca el timbre. Entra la sirvienta).** Lleve esta carta a la señora Varinois de mi parte.
LA SIRVIENTA.—¡Está bien señor! **(Toma la carta).**
LEVERQUIN.—Doctor, cuénteme Vd. como pasó todo aquello.
BLUCHE.—El señorBridel le contestará mejor que yo...
ESTELA.—¡Adolfo, por favor!
BRIDEL.—¿Qué hay?
ESTELA.—Cuénteme Vd. el duelo.
BRIDEL.—Con mucho gusto... Llegamos a las 3 en punto a las tribunas de Longchamps...
ESTELA.—¿Vds. primero?
BRIDEL.—El señor Barón y los padrinos llegaron al mismo tiempo que nosotros.
(Vuelve la sirvienta con una carta).
LA SIRVIENTA.—La contestación de la señora Varinois.
BRIDEL.—Muy bien. **(Lee).** "La Sra. Varinois — Mis sinceras felicitaciones **Habla)** Prosigamos. "...El Barón y yo nos cambiamos un saludo lleno de cortesía...".
ESTELA.—¿Qué hombre es ese dichoso Barón?
BRIDEL.—Alto, buen mozo, educación refinada y con modales... de la edad media.

ESTELA.—¡En fin,chic!

BRIDEL.—Infinitamente chic. Viéndome se sonrió. Yo tenía ganas de estrecharle la mano... pero... me retuve... **(En este momento la cabezo de la señora Varinois se hace ver en lo alto de la escalera... manifestando la más grande curiosidad)** Sortamos las espadas... Yo elijo primero, a la ventura... y nos ponemos en guardia.

VARNOIS.—**(Ansiosa)**. ¡Oh!

BRIDEL.—**(Se da vuelta)** ¿Hein? **(La cabeza de la Sra. Varinois desaparece)**. Nos ponen en guardia... Yo alargo el brazo... **(La cabeza de la Sr. Varinois reaparece)**.

ESTELA.—¿Estaba emocionado, Adolfo?

BRIDEL.—Emocionado. no. Extrañaba. Me preguntaba por qué estaba allí en lugar de estar en la oficina... Cruzamos las espadas y el choque de los aceros producía el mismo ruido que cuando se rompe una docena de platos.

VARNOIS.—¡Oh!...

BRIDEL.—**(Dándose vuelta)** Pero... ¿qué es eso? **(La cabeza de al señora Varinois desaparece)**.

BRIDEL.—Y ahora ya no se nada de lo que pasó. Unicamente Denoizeau lo sabe.

DENOIZEAN.—El combate duró 25 minutos... fué largo. Bridel no perdió un paso... de vez en cuando tendía el brazo como yo le había indicado. Estaba pálido... pero resuelto. El Barón lo atacaba a pequeños golpes cada vez que quería tocarlo. Bridel retiraba su arma con una maestria. ¡con una calma!

BRIDEL.—Yo no sabía donde estaba.

DENOIZEAN.—Tiene Vd. el instinto de la espada. Con el tiempo sería un excelente tirador. Ahora que se ha batido tendrá Vd. que tomar más lecciones... En fin, el combate duraba mucho... Yo miraba mi reloj de vez en cuando, empezaba a estar inquieto. De pronto veo que el Barón baja la espada y da un paso atrás. Paró el combate y avanzó: "Creo haber tocado al señor Bridel..." dice el Barón.

BRIDEL.—Yo no había sentido nada.

DENOIZEAN.—El Barón está muy acostumbrado, así que no se engañó. Efectivamente Bridel había sido tocado en la muñeca. El doctor se precipita, examina la herida, apoyando ligeramente el dedo sobre la llaga y...

BLUCHE.—Es decir que, sin mí, todavía no estaría terminado.

DENOIZEAN.—Y nos retiramos a redactar el acta. Es inútil decir que los adversarios se reconciliaron así como los padrinos.

BRIDEL.—¿Se habían peleado?

DENOIZEAU.—Chiquilinadas, no valía la pena, y sólo terminó de la mejor manera del mundo. El Barón dijo que le era usted muy simpático.

BRIDEL.—Es muy amable.

DENOIZEAN.—Quiere que usted sea socio de su Club.

LA SIRVIENTA.—**(Volviendo)**. El señor Barón d'Encolure manda pedir noticias del señor.

DENOIZEAN.—Gracias, dígole que mejor no podría encontrarse.

BRIDEL.—De aquí a una hora irá Vd. a casa del señor Barón y pedirá igualmente noticias de su salud. Pregúntele si el combate lo cansó mucho.

LUCIANA.—**(En voz baja al marido)**. ¿Me necesa Vd. tiene fiebre?

BRIDEL.—No. señora.

LUCIANA.—¿Puedo retirarme?

BRIDEL.—Como Vd. guste. Una palabra aún: esta noche no comeré en casa.

LUCIANA.—¿No? Muy bien, señor.

ESTELA.—Mi pobre amigo, se necesita no entenderles nada a las mujeres para no comprender que Luciana le quiere.

BRIDEL.—**(Siempre irónico)**. Siga, siga Vd.

ESTELA.—Y no lo quiere más que a Vd.

BRIAND.—¡Ah! ah! ¡qué bueno! Eso es algo que yo no siento absolutamente.

ESTELA.—¡Peor para Vd! **(Va a la puerta de Luciana)**. ¡Vaya! **(Sale mientras Luciana entra)**.

ESCENA VII
BRIDEL-LUCIANA

BRIDEL.—Cenaré con Denoizeau y con el doctor en el Club, señora.

LUCIANA.—¡Señor! **(Sale)**.

ESTELA.—**(A Bridel)**. ¡Qué malo es Vd. con Luciana!

BRIDEL.—No le ha de sorprender... me imagino.

(Estela sale).

DENOIZEAN.—Voy a saludar a mi tía. ¿Viene Vd. Leverquín?... ¿Y Vd., Doctor? **(Se van los tres por la escalera)**.

ESCENA VIII

BRIDEL solo y despues ESTELA

BRIDEL.—**(Mira hacia el dormitorio de Luciana).** ¡Mi mujer no se quejará que le hago escenas! **(Se quita el foulard).** Este foulard me molesta. **(Vee en el escritorio las hojas de papel olvidadas por Luciana).** ¡Ah! ¡escribió! "Señor... Amigo..." no fué... escribió...

ESTELA.—Adolfo, Luciana quiere hablarle.

BRIDEL.—¿Inmediatamente?

ESTELA.—Si es posible. Ella me lo contó todo. Comprendo que Vd. haya tenido un momento de irritación.

BRIDEL.—¡Es Vd. deliciosa Estela!

ESTELA.—Admito también que Vd. haya dudado de ella... y aun...

BRIDEL.—**(Irónico).** ¿Es cierto?

BRIDEL.—¿Quiso Vd. hablarme... señora?...

LUCIANA.—Si, señor.

BRIDEL.—Escucho.

LUCIANA.—**(Con dignidad)** Sus maneras de hace un instante para conmigo, demuestran que no está Vd. dispuesto a olvidar mis faltas.

BRIDEL.—No, señora: no estoy dispuesto.

LUCIANA.—¡No lo voy a aplastar bajo las protestas de mi fidelidad!

BRIDEL.—¡Agradecido por la franqueza!

LUCIANA.—Creo también inutiles las promesas para el futuro... y las escusas.

BRIDEL.—Eso sería una humillación inútil.

LUCIANA.—¿Quiere usted romper definitivamente?

BRIDEL.—No fuí yo el primero en querer eso ni tampoco en provocarlo.

LUCIANA.—¡Sea! ¿Quiere usted el divorcio?

BRIDEL.—No veo otro medio para hacer cesar el malentendido que nos separa.

LUCIANA.—¿Lo desea usted mucho?

BRIDEL.—Yo soy el que lo hizo inevitable.

LUCIANA.—**(Un silencio).** Sabe Vd., no es cierto que yo no fuí a casa del señor de Toury ni esta tarde ni nunca?

BRIDEL.—¡Oh!... me imaginaba que no hubiese ido durante mi duelo... Usted no es un monstruo... es usted una criatura dañina y coqueta.

LUCIANA.—No, señor.

BRIDEL.—Y muy depravada.

LUCIANA.—Eso mucho menos... Se engaña usted sobre mi temperamento.

BRIDEL.—Si yo cometiera la ingenuidad de perdonarle la sitluación sería la misma dentro de unos días... Yo no podré tener un duelo cada vez que usted tenga una cita. Volvería usted a sus coqueterías, por no decir otra palabra... y llegaría a convencerme que nada pasó entre usted y el señor Toury y yo lo creería. Más vale tomar una resolución ahora que estoy en un momento de lucidez.

LUCIANA.—**(Caminando agitada).** ¡Qué mal observador es usted!

BRIDEL.—No es mi género.

BRIDEL.—**(Enojándose).** ¡Con esas ideas me prepara usted una existencia muy dichosa!

BRIDEL.—Peor para mí.

LUCIANA.—Por unas tonterías pretende divorciarse. ¿Qué habría hecho usted si le hubiese verdaderamente engañado? ¿Me hubiera matado?

BRIDEL.—No tengo carácter para matar a la gente. Tonterías llama usted a comprometerse a la faz de todo el mundo con un hombre, soportar que le haga la corte... y finalmente aceptar una cita en su casa?...

LUCIANA.—Lo hice en un momento de cólera... Usted acababa de tratarme de una manera ridícula!

BRIDEL.—¡Oh!

LUCIANA.—**(Interrumpe).** Estaba decidida a no ir... bien lo sabe usted!

BRIDEL.—¡Oh!...

LUCIANA.—El señor Toury me estuvo esperando horas enteras!

BRIDEL.—¡Hem!

LUCIANA.—Habrá tragado más bilis!

BRIDEL.—Eso...

LUCIANA.—Y se habrá puesto furioso contra mí. Es, entre todos, el único que tiene derecho de quejarse.

ESCENA IX

LUISA.—((**Medio cortada... muy distinta de lo que era antes... Lleva sombrero muy lindo**). Hice el encargue de la señora...

LUCIANA.—¡Dígale usted al señor, en qué consistía ese encargue!

LUISA.—Pero...

LUCIANA.—¡Vamos, diga usted!

LUISA.—La señora me dió una carta para el señor Toury.

LUCIANA.—¿La entregó usted?

LUISA.—Sí, señora.

BRIDEL.—¿Y?

LUISA.—El señor la tomó... la leyó y se echó a reir.

BRIDE.—¿Y qué hizo?

LUISA.—Cuando terminó de reirse... (**Se para**).

BRIDEL.—Siga...

LUISA.—(**Bajando los ojos**). Me aconsejó que dejara a la señora Varinois.

BRIDEL.—¿Que dejara a mi suegra?

LUISA.—Lo mismo yo lo hubiera hecho. (**Dando vuelta a la cabeza**). Yo soy indigna de servir a la señora Variniois.

LUCIANA.—(**Riéndose**). ¡Oh! ¡Oh!

LUISA.—El señor Edmondo lo entendió muy bien... Entonces como no podía continuar de camarera, fuí a comprarme un sombrero.

LUCIANA.—¡Es muy lindo, Luisa!... Usted... ¿qué daño le causé a usted? Me dejé besar la mano dos veces o tres... me apretó el pie bajo una mesa... de una manera insignificante... He escuchado distraídamente sus declaraciones de amor... Y ahí está todo... Y quiere usted destruir un hogar, volverse un vagabundo... un mujeriego, como lo era probablemente otras veces... Todo eso por una pequeñas miserias!

BRIDEL.—Pero, caramba, señora... Yo no me casé para que usted escuchara declaraciones de amor!

LUCIANA.—Las mujeres más honestas, hoy día, están obligadas a oir otras cosas peores.

BRIDEL.—¿Y las deshonestas?

LUCIANA.—Son las únicas con las cuales los hombres hablan respetuosamente.

BRIDEL.—(**Un silencio**). ¿Escribió usted al señor Toury? (**Muestra el escritorio**).

LUCIANA.—Sí, la mandé a Luisa con unas líneas.

BRIDEL.—¡Ah! ¡Ah!

LUCIANA.—¡Una recomendación!

BRIDEL.—¿Recomendación?

LUCIANA.—¡Ahí está! (**Entra Luisa**). ¿Y?

LUISA.—Y un cuello.

LUCIANA.—Que le queda muy bien, es usted muy elegante.

LUISA.—¡Gasto en eso todas mis economías!

BRIDEL.—¡Oh! no tenga miedo. ¡Toury es rico!

LUISA.—Eso pensé yo.

LUCIANA.—(**Apretándole la mano**). ¡Que tenga usted mucha suerte, Luisa!

LUISA.—¡Y usted también, señor! ¡Muchas gracias!

LUCIANA.—¡Será usted muy dichosa!

LUISA.—¡Lo espero, no soy muy exigente!

LUCIANA.—¡Hasta la vista, entonces... y más allá, si las cosas no marchan como deben... siempre tendrá usted una colocación en esta casa!

LUISA.—¡La señora es demasiado buena! Nunca se puede decir... ¡Adiós, adiós, señor!

LUCIANA.—!Adiós, hija. Mis mejores deseos!

(**Sale Luisa**).

ESCENA X

BRIDEL, LUCIANA, después VARINOIS, SEÑORA VARINOIS

BRIDEL.—(**Un silencio**). ¡Luciana!

LUCIANA.—¡Adolfo!

BRIDEL.—¿Me vas a dar más bromas de estas?

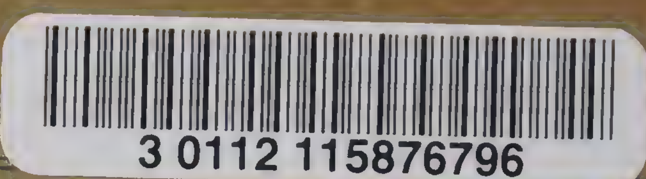
LUCIANA.—¡Jamás!
BRIDEL.—Júralo. **(Luciana lo abraza).**
VARINOIS.—**(Entrando).** Lo felicito, amigo! Vengo de Longchamps. Unas cincuenta personas que vieron el combate me lo contaron... **(Con rabia).** Y ahora tengo que decirle algo a la señora Varinois. **(Llama del alto de la escalera).** ¡Señor Varinois! ¡Si supieran ustedes!
BRIDEL.—¿Qué?
VARINOIS.—**(Va al fondo y baja los primeros escalones).** ¡Ah! está aquí, usted, desgraciada! Suba, señora, suba, venga y póngase colorada... ¡Delante de su yerno y de su hija!
SRA. VARINOIS.—**(Subiendo).** ¿Qué hay?
VARINOIS.—¡Ah! ¡Quiere usted jugar a la Bolsa!... ¿Tiene usted el olfato de la especulación? Y bueno, señora. Acabo de ver a Toury... ¿Sabe lo que pierde usted hoy... con todo su olfato?
SRA.— VARINOIS.—**(Asustada).** ¿Hemos bajado?
VARINOIS.—167 y cincuenta!
SRA. VARINOIS.—¡Ay! ¡Dios mío! Y pierdo...
VARINOIS.—50.000 francos!
BRIDEL.—50.000 francos. **(A Luciana).** ¡Lo más bien tu mamá!
VARIONIS.—50.000 francos!
BRIDEL.—**(Acercándose a la señora Varinois).** ¡Señora No voy a perder un tiempo precioso para condenar su conducta! Hay que volver muy atrás en la historia de las suegras para encontrar algo parecido!
VARINOIS.—¡Es cierto!
BRIDEL.—Espero que esta catástrofe, que hubiera podido ser aún más grave, le servirá de lección y ahora comprenderá usted que el lugar de una señora que tiene dos hijas y dos yernos, es el campo!
VARINOIS.—¡Muy bien!
BRIDEL.—¿Y qué? ¿No está usted cansada de la vida de diversiones que ha llevado usted hasta hoy? ¿No está usted cansada de todas las tormentas que agitaron su vida... de todas las pasiones que...
VARINOIS.—**(A Bridel).** No, esta señora nunca ha tenido pasiones! Ya se lo dije!
BRIDEL.—**(A Varinois).** Ya sé!... pero lo digo para adularla. **(Empuja a la señora Varinois hasta hacerla arrodillar delante del marido).** ¡Pida usted perdón a este buen hombre por las faltas infinitas que ha cometido!
SRA. VARINOIS.—**(Convencida).** ¡Perdóname, Augusto!
VARINOIS.—¡Te perdono! **(Entran Denoizean, Leverquín, Luciana y Estela).**

ESCENA XI

LOS MISMOS, LEVERQUIN, LUCIANA, DENOIZEAN, ESTELA.

BRIDEL.—Amigos, la señora Varinios me acaba de comunicar una noticia que nos va a afrigir mucho a todos. Nos deja para irse al campo.
TODOS.—¡Oh!
SRA. VARINOIS.—Sí, hijos, ya he vivido bastante.
DENOIZEAN.—Querda tía, la iré a ver a menudo, le llevaré al Barón.
SRA. VARINOIS.—¡Al Barón!
VARINOIS.—¿Le gusta pescar?
DENOIZEAN.—No le agrada otra cosa!
BRIDEL.—**(Galante).** Querida suegra, ¿cenará usted con nosotros esta noche?
SRA. VARINOIS.—Con mucho gusto, yerno.
BRIDEL.—¡Pero esta vez, de saco, en familia!

TELON.


3 0112 115876796